

# ¡HOLA!

EXTRAORDINARIO • 35 PTAS.

## ASI FUE PROCLAMADO JUAN CARLOS REY DE ESPAÑA

«ASUMO LA CORONA CON PLENO SENTIDO DE MI  
RESPONSABILIDAD ANTE EL PUEBLO ESPAÑOL»



En la foto: Los Reyes de España, don Juan Carlos I y doña Sofía, con su hijo Felipe, Príncipe de Asturias, en la ceremonia de su juramento. (Foto: JAIME PENAFIEL)

TIRADA DE ESTE NUMERO:  
1.000.000 DE EJEMPLARES

## HOMENAJE POSTUMO DEL PUEBLO ESPAÑOL A FRANCO



**LA EFIGIE:  
FRANCISCO FRANCO,  
CAUDILLO DE ESPAÑA**





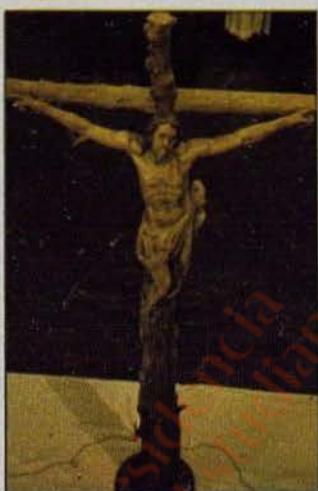
# HOMENAJE POSTUMO A FRANCO



Toda España estuvo representada tanto en la plaza de Oriente (foto superior) como en el Valle de los Caídos. Una vez más los españoles testimoniarían a Franco su inquebrantable adhesión y cariño, en este caso, póstumo

## EDITORIAL

## EMOCIONADO ADIOS



Cristo crucificado de la basilica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos

**E**N el Salón de Columnas del palacio de Oriente recibió el cadáver de Francisco Franco el emocionado —¡y qué emocionado!— homenaje último del pueblo al que tanto amó y por el que tanto hizo mientras tuvo aliento para ello.

De pechos nobles y honrados es prenda la gratitud y el buen pueblo español, unido y en paz, como Franco lo quiso siempre y para siempre (véanse las recomendaciones de su mensaje póstumo a los españoles), se elevó a sí mismo una vez más en la grata humildad de la oración por el Caudillo muerto y en el emocionado recuerdo de los bienes que debe al que se menciona desde hace ya años como artífice de la Patria nueva. De esta España tan diferente en múltiples aspectos fundamentales de la que hubo de tomar en sus manos el año 1936.

Españolas y españoles de todas las edades y de todas las esferas sociales se sucedieron en el multitudinario, recogido y silencioso peregrinar ante los restos mortales de Franco, en Madrid, o participaron en los actos religiosos que por su eterno descanso se oficiaron en toda España, unida en el dolor y en la gratitud.

En gratitud y dolor nunca más sinceros que cuando acababa de experimentarse la pérdida del ser cuya presencia al frente de los destinos nacionales inspiró durante tantos años confianza suma y era fuente y garantía de tranquilidad ante posibles peligros interiores y externos y, sobre todo, ante las perspectivas —por naturaleza inciertas— del futuro. De todo futuro.

Quédanos como legado incomparable, juntamente con el ejemplo de Franco durante su larga y activa existencia, sus previsiones de cara al porvenir, que dejó en todo lo posible asegurado, como padre que desea lo mejor para los hijos que han de sobrevivirle y les prepara perfeccionando su nivel de vida y su instrucción, poniéndoles en condiciones de mejorar sin tregua, de mejorar siempre.

Nos dio paz después de una guerra inevitable para librarnos de la anarquía y de la dependencia de poderes ajenos y contrarios a nuestra soberanía nacional, defendió aquella paz de cuantos hubieran querido lanzarnos al horror de la segunda guerra mundial y, sobre los cimientos de dicha paz, edificó esta España libre, dueña de sus destinos, unida, industrial y económicamente fuerte y grande en su concepto de sí misma y en el de cuantos la admiran (y de cuantos

la envidian) y abierta al mundo y a los intercambios cordiales con los demás países.

En el último homenaje a Franco, el orgullo de ser españoles formaba parte de nuestros sentimientos de gratitud al hombre, al soldado y al estadista que había elevado tanto ese orgullo. Y en los más conscientes medios del mundo occidental se recordaba lo mucho que nuestro civilizado hemisferio debe al prócer que acababa de morir. Los pueblos, como los hombres, suelen emitir juicios muy lúcidos al contacto —más o menos circunstancial y pasajero— con la dura realidad de la muerte.

Por mucho que quieran vestirse de imparciales, el dolor y la sinceridad acompañan siempre a las lamentaciones por el héroe muerto, pues se siente que algo muy importante e insustituible pierde con él el género humano. Franco fue el español más destacado de nuestro siglo y garantía de estabilidad en una zona clave del mundo, como han apreciado —sobre todo estos días— mentes muy preclaras que compartían el dolor de España, por motivos aparentemente objetivos como sentencias de libro de historia.

Pero mientras la Historia se encarga ya de perpetuar a su modo la figura de Franco, los españoles lloramos serenamente tras el definitivo adiós al Caudillo que nos dio casi cuarenta años de paz y prosperidad y nos puso en condiciones de mirar serenamente al futuro.

Llanto sereno, pues, el de España por su Jefe de Estado recién desaparecido, tras haber elegido al hombre joven capaz de sucederle al frente de los españoles todos.

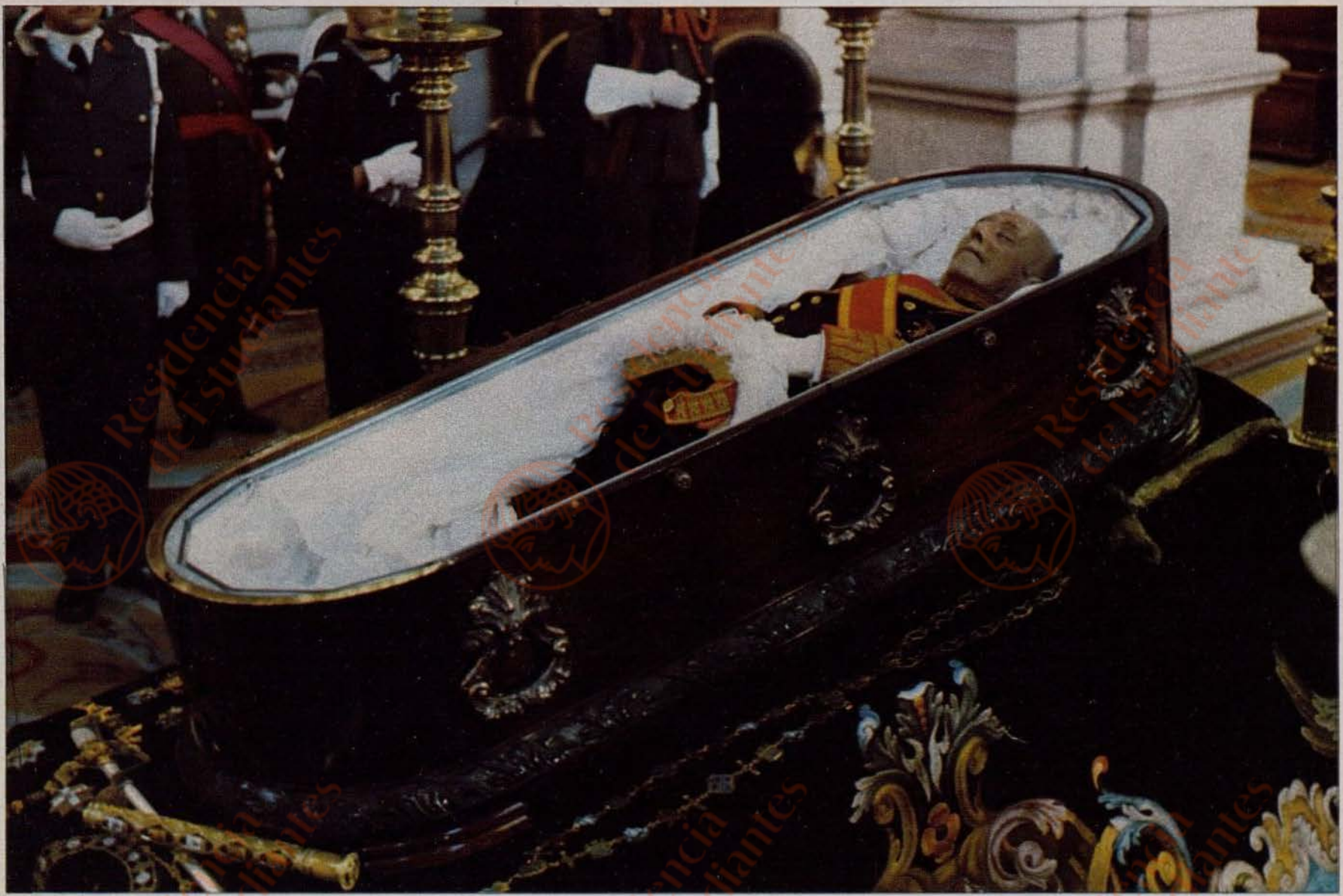




Inmediatamente después de haber sido colocada la capilla ardiente en el salón de las Columnas del palacio de Oriente, comenzó el desfile de españoles que deseaban testimoniarle su emocionado sentimiento y su dolorido adiós. Cien personas por minuto pasaban ante el féretro de una manera ininterrumpida







Con la serenidad que ni la larga agonía ni la muerte han podido borrar de su rostro, el Generalísimo Franco y Jefe del Estado español aparece en el féretro abierto para que todos los españoles pudieran verle. A sus pies, el bastón de mando y el sable, así como las importantes condecoraciones recibidas a lo largo de su vida. En la foto inferior, un momento del paso de españoles ante el féretro. Las escenas cargadas de incontenible emoción se sucedían una tras otra como el caso de este español que postrado de rodillas lloraba desconsoladamente la muerte de Franco







Viejos y jóvenes, hombres y mujeres, ricos y pobres, España entera testimonió su inmenso dolor ante el cuerpo sin vida de Franco. Familias enteras esperan toda una noche para poder decir el postrero adiós al Jefe del Estado, ante cuyo cadáver se sucedieron patéticas escenas de dolor, de las que aquí recogemos tan sólo cuatro dramáticos ejemplos de los cientos de miles que ocurrieron







Miembros de los tres Ejércitos, Tierra, Mar y Aire, y de Orden Público montaban guardia en torno al féretro de Franco. En la calle, el público, que portaba pequeños ramos de flores, soportaba horas y horas de cola para poder ver al Caudillo

**H**ABIA muerto con las primeras luces del alba. Y muerto lo regresaron a su casa, a la que había sido su hogar a lo largo de casi cuarenta años. Y allí le velaron en la mayor intimidad de su dolor la esposa admirable, la hija amantísima, los queridos nietos y los fieles servidores. En el oratorio privado, donde tantas y tantas horas habían consumido implorando a Dios que hiciera el milagro. Así, hasta las nueve de la noche, hora en la que quedó abierta la capilla ardiente de Su Excelencia el Jefe del Estado sólo y exclusivamente para el personal de las Casas Civil y Militar, sus familiares y allegados. Durante toda la noche.

Y era la madrugada, fría y triste madrugada, cuando una muchedumbre imposible de calcular comenzaba a formar largas colas a la puerta del palacio real. Para ver llegar el féretro y para poderle rendir su emocionado sentimiento.

Al amanecer, las colas llenaban ya la calle de Bailén. Y las personas que las componían eran mujeres, hombres jóvenes y viejos, y hasta niños. Desafiando la baja temperatura.

Eran las 6,30 de la mañana cuando un furgón conteniendo el féretro con los restos mortales de Franco llegaba al palacio de Oriente procedente del palacio de El Pardo, escoltado por miembros de la Policía Municipal. El furgón era acompañado por los duques de Cádiz, por Mariola y su marido, Rafael Ardiz, y por Francisco Franco Martínez-Bordiu, así como por el jefe de la Casa Civil del Generalísimo.

El féretro penetró en el palacio por la plaza de la Armería siendo llevado a hombros de miembros de su Guardia hasta el Salón de Columnas, donde sería abierto y colocado

(Sigue en la pág. 52)







Cientos de miles de personas formaban largas colas que llegaban hasta la Puerta del Sol y toda la calle de Bailén



Muchos jóvenes portaban banderas nacionales al



tiempo que se dirigían al palacio de Oriente



Antonio Ordóñez, con su hija Carmina, y su yerno, Paquirri



Muchas personas que figuraban en las calles llevaban el número especial de nuestra revista sobre Franco



A lo largo de las calles Arenal y Mayor, que llevan a la plaza de Oriente, discurrían las colas de cientos de miles de españoles silenciosos y entristecidos que deseaban dar el postrero adiós a Franco



Con los semblantes entristecidos, estas señoras aguardan para dejar una flor y decir adiós

Muchísimas de las personas que estaban en la cola portaban ramos y coronas de flores

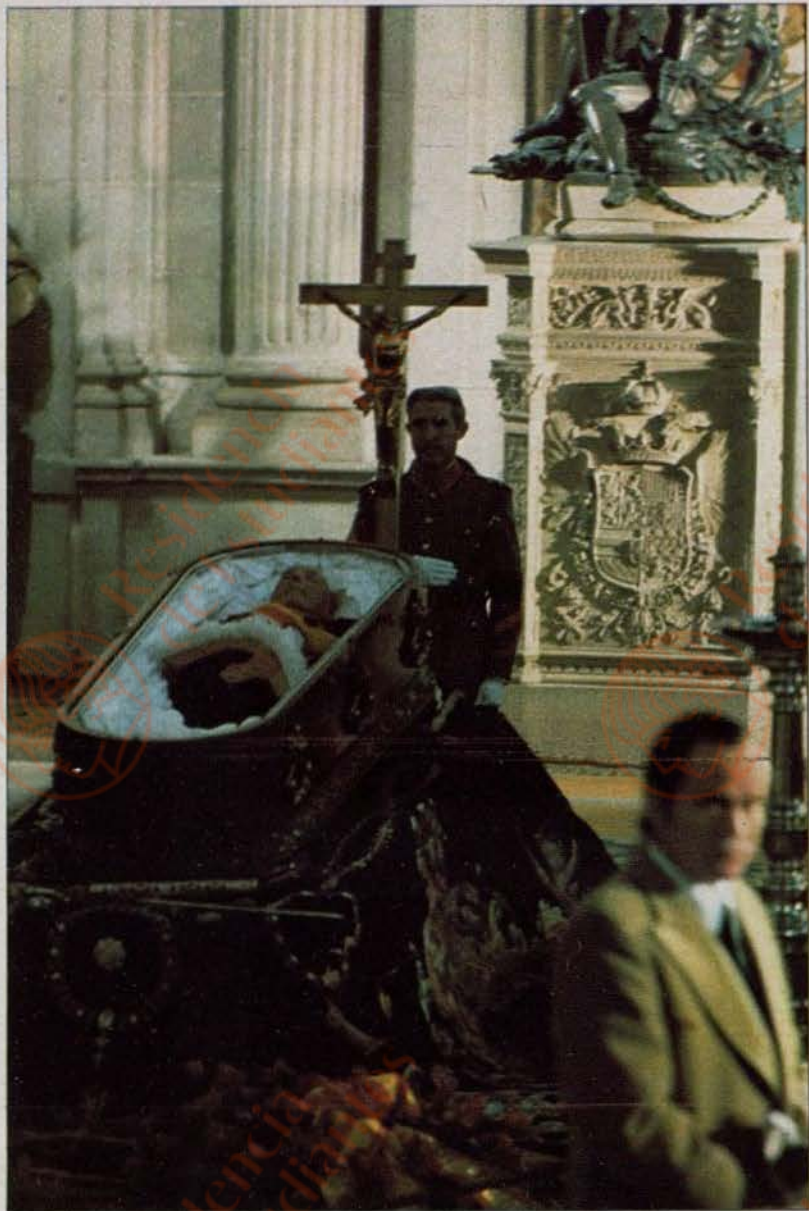


Familias enteras acudieron a testimoniar su dolor al palacio de Oriente

La hija de Lola Flores y la nieta de Pastora Imperio aguardan en la cola su momento de ver a Franco







Sobre el túmulo aparece el féretro con los restos mortales del Jefe del Estado y los atributos de su jerarquía y algunas de sus múltiples condecoraciones



En una de las interminables colas, un grupo de monjas espera el momento de poder dar su último adiós al Jefe del Estado



Tres veteranos militantes de Falange; uno de ellos no puede contener las lágrimas en los ojos



Otro momento durante el desfile del pueblo español en su homenaje a Franco. En la foto de abajo, el ministro de Hacienda, señor Cabello de Alba, y su esposa, que desfilaron incorporándose a la multitud que rindió su homenaje al Caudillo



Un aspecto de una de las colas donde hemos podido descubrir a Lola Flores y a su esposo, Antonio González. En la foto de abajo, durante la vela de los restos mortales de Franco, los ex ministros Utrera Molina, Fraga Iribarne y Sanz Orrio







Un joven no puede dominar su emoción cuando se acerca al palacio de Oriente



Las gloriosas banderas, esta vez con crespones negros por el gran capitán fallecido



Innumerables personas quisieron ofrendar a S. E. el Generalísimo Franco ramos de flores con los colores nacionales. En nuestras fotografías, una anciana y una niña aguardan el momento de poder expresar así su cariño entrañable al Caudillo



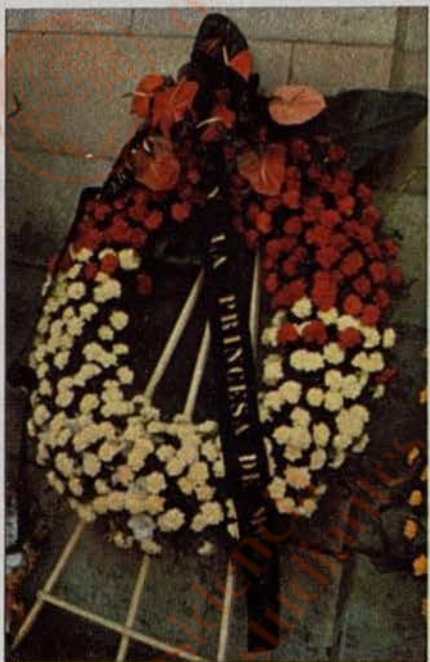
En la foto de abajo, altos mandos de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire durante la vela de los restos mortales del que fue el primer soldado de España







Cuerpo Diplomático



Príncipes de Mónaco



Gobierno de Canadá

Gobierno de Brasil



Las escalinatas de acceso a la primera planta del palacio de Oriente, abarrotadas del público que esperaba decir el último adiós a Franco



Patéticas escenas como la que recogemos aquí se sucedieron sin descanso durante todas y cada una de las horas que el cadáver de Franco estuvo expuesto

Las Casas Civil y Militar de Su Excelencia A los pies del féretro, el bastón de mando, la espada y las más importantes condecoraciones del Jefe del Estado







Junto a los muros del palacio de Oriente se fueron colocando los centenares de coronas que llegaban sin cesar



El equipo de asistencia médica que atendió a Su Excelencia en la enfermedad



Gobierno de Grecia



Un matrimonio, con sus dos hijos en brazos, rinden su homenaje familiar al Caudillo de España

Miembros de la Policía Armada, Guardia Civil, Ejército y Aire, dirigiéndose al salón de las Columnas para dar guardia de honor al cadáver de Su Excelencia

Embajada de Italia



Corona de la República francesa

Corona del Presidente del Paraguay, Alfredo Stroessner







Don Juan Carlos, todavía Príncipe de España, acudió al aeropuerto de Barajas para recibir al Rey Hussein de Jordania, que llegaba para asistir a la proclamación del Rey y al entierro de Franco.



El Príncipe acudió también a recibir al príncipe Rainier de Mónaco, con el que aparece en la fotografía superior dándole la bienvenida.

Llegada del Gran Canciller de la Orden de Malta, fray Angelo de Mojana y Cologna.



## LLEGADA DE PERSONALIDADES



La primera dama de Filipinas, doña Imelda Marcos, que fue recibida por don Alfonso de Borbón



El Príncipe don Juan Carlos, recibiendo a la misión de Arabia Saudita, encabezada por un hermano del Rey

El representante de Túnez firmando en el libro de pésames

El representante de Egipto, a su llegada a Madrid



El ministro de Asuntos Exteriores, señor Cortina, recibe a la señorita Monique Bagin, ministro auxiliar parlamentario para Asuntos Exteriores de Canadá



Don Juan Carlos, recibiendo al príncipe Abdol Reza Pahlavi, hermano del Sha del Irán, con el que aparece en la foto



Horas antes de la proclamación de Juan Carlos como Rey de España llegaron al aeropuerto de Barajas los ex soberanos de Grecia, Constantino y Ana Maria, con sus hijos, siendo recibidos por su hermana, la Princesa doña Sofía



La víspera de la proclamación de Juan Carlos como Rey llegó a Madrid el Jefe del Estado de Chile, general Pinochet, que fue recibido por el Príncipe de España



El ministro español señor Cortina, con los representantes de la República Dominicana, vicepresidente, don Rafael Gosico Morales, y de Costa Rica, ministro de Asuntos Exteriores, don Gonzalo Facio.

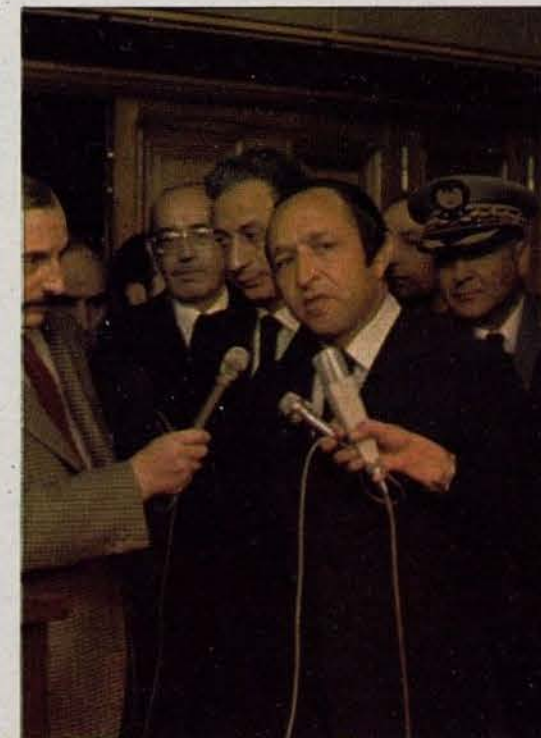


El representante del Gabón, Leon Meblane, primer ministro, firmando en el libro de pésames, a su llegada al aeropuerto.



Representante de Irak

También horas antes de la ceremonia de las Cortes llegaron a Madrid el vicepresidente de los Estados Unidos, Nelson Rockefeller, y su esposa, que fueron recibidos por el ministro español señor Cerón Ayuso



El primer ministro de Marruecos





Los hijos del Jefe del Estado, marqueses de Villaverde, y sus nietos, los duques de Cádiz, aparecen orando ante el cadáver de Franco en la capilla ardiente en el Salón de Columnas del palacio de Oriente

(Viene de la pág. 43)

sobre un catafalco para ser expuesto a la venerada contemplación de los españoles, que una vez más se congregaban en la plaza de Oriente, de tan histórica resonancia en el Régimen de Franco, para llorarle y decirle el postrero adiós.

#### PLAZA DE ORIENTE

La plaza de Oriente no es coetánea con la construcción del palacio. Surgió poco después por la necesidad de abrirle perspectiva, convirtiéndose en un verdadero atrio de la residencia real.

En 1808, el Rey José Bonaparte hizo derribar varias manzanas compuestas por cincuenta y seis casas y los conventos de San Gil y de Santa Clara. La parroquia de San Juan y el Jardín de la Priora fueron demolidos.

En 1818, el Ayuntamiento sufragó el desmonte y explanación y continuó las obras con las que, en 1841, el tutor de Isabel II y el intendente Martín de los Heros emprendieron la reforma que le dio casi la fisonomía actual. Se trazaron los jardines, se colocaron sobre pedestales estatuas de Reyes medievales, y en el centro del conjunto, sobre una fuente, se colocó la notable estatua de Felipe IV en 1848.

La estatua había sido encargada por el propio Felipe IV al escultor italiano Pedro Tacca, con la indicación que el caballo se mostrase al galope. Para realizar la escultura se sirvió del modelo de un dibujo de Velázquez, y fue el famoso Galileo Galilei quien resolvió los cálculos para que las 18.000 libras de bronce se mantuvieran en equilibrio.

Esta plaza ha resumido siempre el sentido de la soberanía española. Si la guerra de la Independencia empezó allí, allí continuaron las manifestaciones futuras de celo español por su soberanía.

En diciembre de 1946, ante el bloqueo decretado en las Naciones Unidas de retirada de los embajadores acreditados en Madrid, la reacción del pueblo español fue unánime: acudir a la plaza de

Oriente en un plebiscito espontáneo para manifestar a Franco su adhesión y mostrar al mundo la disposición de no acatar las órdenes de fuera. El 4 de noviembre de 1950, la propia ONU anulaba la resolución anterior y los embajadores fueron volviendo y reconociendo el Régimen de Franco.

En diciembre de 1970 vuelve a concentrarse el pueblo en la plaza de Oriente para protestar por la injerencia extranjera en los asuntos internos.

Al siguiente año, 1971, la multitud vuelve a manifestarse en sentimiento de adhesión a Franco.

Y por último, el 1 de octubre de 1975 se volvió a concentrar el pueblo de Madrid en protesta por una nueva intervención extranjera en los asuntos españoles.

Una hora después de la llegada de los restos mortales del Jefe del Estado al palacio de Oriente llegarían el arzobispo de Zaragoza y miembro del Consejo de Regencia, monseñor Cantero Cuadrado; el presidente de las Cortes, don Alejandro Rodríguez de Valcárcel, y el teniente general Salas Larrazábal, que integrarían el primer turno de vela. Con ellos se encontraban en el Salón de Columnas el presidente del Gobierno, don Carlos Arias Navarro; los tres vicepresidentes, señores García Hernández, Cabello de Alba y Fernando Suárez, así como los ministros secretario general del Movimiento, de Asuntos Exteriores, de Información y Turismo, del Ejército y del Aire. A este primer turno de vela se sucederían sin interrupción otros turnos, en los que participarían todos los miembros del Gobierno e infinidad de personalidades de la vida política del país.

A las ocho en punto se autorizó la entrada del público, que ya abarrotaba la llamada «zona del silencio». Llegando a esa hora las colas más allá del teatro Real. Muchas de estas

personas habían pasado la noche en sacos de dormir.

Y comenzaron las escenas de emoción, patéticas escenas que difícilmente podremos olvidar quienes hemos sido testigos acongojados de ellas. A veces era tan grande la emoción, que, como una corriente eléctrica, nos invadía a todos, poniéndonos nudos en la garganta, nudos que sólo podíamos romper dejando rienda suelta a las lágrimas.

Y puedo dar fe de que casi todo el mundo intentaba controlarse mientras caminaba en la cola hacia el Salón de Columnas, pero una vez ante el féretro, la pena, la emoción, el dolor eran tan grandes e incontrolables, que la gente estallaba en sollozos, en gritos, en lamentos, como el de aquella viejecita que arrodillada ante el féretro pedía, suplicaba a quienes querían levantarla: «¡Déjenme, por caridad, déjenme un rato aquí. El me arregló los papeles de mi vejez»; o aquella otra que casi caía desmayada ante el féretro; o aquel hombre, ya de edad, que hubo de ser asistido de un amago cardíaco; o los que con las dos manos temblorosas le decían adiós sollozando; o aquel matrimonio, ella y él, cada uno con un hijo en brazos, mostraban a éstos la figura de Franco al tiempo que les decían: «¡Mirad, hijos, no olvidéis nunca a este hombre!». O los que tras pasar ante el cadáver de Franco con entereza, se derrumbaban en cualquier lugar de los largos pasillos que conducían a la salida dando rienda suelta a su llanto. Yo vi con mis propios ojos a chicas jóvenes y extremadamente agraciadas y modernas que tras pasar con aparente tranquilidad ante el cadáver del Caudillo eran presa de un ataque nervioso; yo vi, también, a gente que esperaba a llorar una vez fuera del palacio. Y yo vi quien no podía moverse y quedaba como clavado ante el féretro, ajeno a todo lo que le rodeaba.

Y cada escena de éstas arrancaba lágrimas a los aparentes impertérri-

tos miembros de los tres Ejércitos que montaban la guardia y por cuyos rostros se veía caer las lágrimas.

A las once de la mañana, la multitud, en orden perfecto, llenaba las calles de Bailén, Vergara, plaza de Isabel II, calle de Arenal, Puerta del Sol y la vuelta por la calle Mayor. Eso, por un lado. Por otro, ya que eran dos las colas, la muchedumbre se agolpaba en la calle de Bailén, plaza de España y avenida de Onésimo Redondo hasta la estación del Norte.

Y las coronas de flores afluían al palacio de Oriente sin cesar. Allí podían verse la de los príncipes de Mónaco, la del Rey Hassan de Marruecos, la de los Reyes de Tailandia, las de los Gobiernos de casi todos los países del mundo. Y algunas de especial y entrañable significado, como eran las de los miembros de las Casas Civil y Militar y las de los miembros del equipo médico que había atendido al Generalísimo en su enfermedad.

En la cola, figuras famosas de la política. Yo vi al ministro de Hacienda y a su esposa aguardando pacientemente en la cola entre el público; y las estrellas de nuestro cine, como Carmen Sevilla y Lola Flores.

Y en el ambiente, música sacra por los altavoces, que invita al recogimiento, al silencio y a la oración.

Dos grandes bandejas de plata colocadas a la salida del palacio para depositar las tarjetas de pésame tuvieron que ser vaciadas más de un centenar de veces a lo largo de cada jornada.

A las seis de la tarde de este primer día, las colas llegaban, por un lado, al Ministerio del Ejército, y por otro, al río Manzanares, con un total de más de seis kilómetros.

Dentro del Salón de Columnas, cuatro ramos de flores permanecen depositados ante el cadáver del Generalísimo con las siguientes inscripciones: «Tu mujer», «Tus hijos», «Tus nietos» y «Tus bisnietos».



# ASI FUE PROCLAMADO JUAN CARLOS REY DE ESPAÑA



Solemne momento del juramento. El Príncipe don Juan Carlos de Borbón y Borbón como Rey de España con el nombre de Juan Carlos I. Le tomó el juramento el presidente del Consejo de Regencia, señor Rodríguez de Valcárcel. Eran las 12,35 horas de la mañana del día 22 de noviembre del año de gracia de 1975.





Los hijos del Generalísimo Franco, marqueses de Villaverde, llegan ante el palacio de las Cortes para asistir al solemne acto de proclamación del Rey de España



Desde el coche hasta la puerta de las Cortes, los marqueses de Villaverde fueron objeto de vivas muestras de simpatía y de testimonios de pésame, como vemos en estas dos fotografías



Los marqueses de Villaverde, dirigiéndose a las Cortes

A las 12,35 en punto de la mañana del día 22 de noviembre del año de gracia de 1975, el Príncipe don Juan Carlos de Borbón y Borbón prestaba juramento ante los Santos Evangelios como Rey de España, con el nombre de Juan Carlos I, ante el Pleno de las Cortes Españolas, el Gobierno de la nación, el Consejo del Reino y el Consejo de Regencia, cuyo presidente, señor Rodríguez de Valcárcel, extendía abiertos ante el Príncipe los Santos Evangelios, al tiempo que pronunciaba las siguientes palabras: «¿Juráis por Dios y sobre los Evangelios cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del Reino y guardar lealtad a los Principios que informan el Movimiento Nacional?».

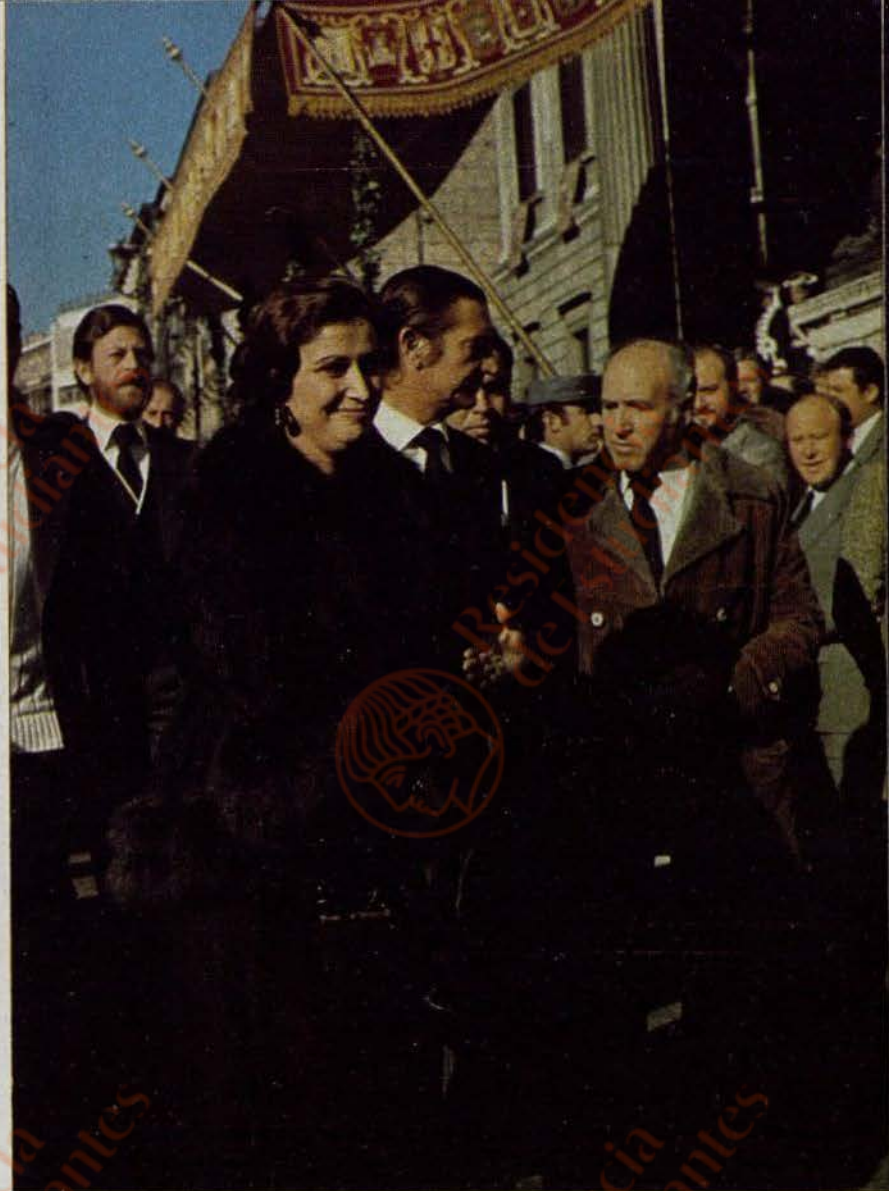
A lo que don Juan Carlos de Borbón, con la mano derecha extendida sobre los Evangelios y teniendo ante sí los atributos de la realeza —el cetro y la corona— junto a un crucifijo, que habían sido depositados sobre un cojín rojo, contestó con voz fuerte y serena:

**«SI, JURO POR DIOS Y SOBRE LOS SANTOS EVANGELIOS CUMPLIR Y HACER CUMPLIR LAS LEYES FUNDAMENTALES DEL REINO Y GUARDAR LEALTAD A LOS PRINCIPIOS QUE INFORMAN EL MOVIMIENTO NACIONAL».**

Seguidamente, el presidente del Consejo de Regencia dijo: «Si así lo hicierais, que Dios y la Patria os lo premien, y si no, os lo demanden».

Como las 1.500 personas que nos encontrábamos en el hemiciclo del palacio de las Cortes, procuradores, Gobierno e invitados, sentí una emoción incontenible mientras el nudo que apretaba la garganta se deshacía entre lágrimas. «¡Viva el Rey!», gritó con la voz quebrada el presidente de las Cortes. «¡Viva!», respondimos al unísono todos los que teníamos el privilegio de vivir «in situ» tan histórico momento, feliz epílogo de una larga y sa-





Miembros de las Fuerzas de Orden Público y particulares testimonian su pesar a los marqueses de Villaverde, que para todos tienen una frase amable de agradecimiento, una sonrisa

El nieto mayor de Su Excelencia llega al palacio de las Cortes



En la foto superior, Mariola con su marido, Rafael Ardiz, y Maria del Mar, nietos del Generalísimo, a su llegada a las Cortes. Abajo, otros dos nietos del Caudillo: Francisco Franco Martínez-Bordiu y su hermano Cristóbal







Banderas nacionales y pancartas, con frases alusivas al Rey, portaba el público congregado ante las Cortes

crificada andadura comenzada hace muchísimos años y que en este momento entraba en el primer capítulo de una nueva etapa de la Historia de España.

El día 22 de noviembre amaneció como los «hombres del

tiempo» habían previsto con antelación: radiantemente hermoso. Sin una nube que empañara la gloriosa jornada. A las ocho de la mañana, la Carrera de San Jerónimo se encontraba ya abarrotada de público. Desde la Puerta del Sol hasta la plaza de Neptuno.

Banderas, gallardetes con los



Aspecto parcial de la Carrera de San Jerónimo, abarrotada de público

colores nacionales flameaban por doquier al frío pero limpio aire de la mañana. Entre el público, muchos, muchísimos jóvenes con adhesivos patrióticos sobre la solapa con la inscripción «Juan Carlos I, Rey de España».

En el interior del palacio de las Cortes todo estaba ya preparado desde la noche anterior. El estrado, los atributos de la realeza, corona y cetro; los Santos Evangelios, los sillones dorado y rosa del Patrimonio Nacional para los Príncipes y sus hijos, las cámaras de Eu-

rovisión, sillones para los miembros de los Consejos de Regencia y del Reino...

Y las diez en punto comenzaron a llegar los procuradores. Y poco después, los invitados, que iban ocupando los palcos superiores.

Uno de los primeros procuradores en hacer su entrada en el hemicycle fue don Nicolás Franco, hermano del Generalísimo, que era acompañado por su hijo, Nicolás Franco Pascual de Pobil, también procurador. Muchos procuradores se acercaron a él para testimoniarle



otada de público

su pesar, que él recibió con emocionada entereza.

Uno de los primeros invitados en ocupar su lugar en un palco de la izquierda fue don José María Pemán, acompañado de algunos de sus familiares.

El primer representante extranjero en llegar a las Cortes fue el príncipe Rainiero de Mónaco, que ocuparía un palco junto al Rey Hussein de Jordania y al general Pinochet, que sería el último de los jefes de misiones extranjeras en ocupar su sitio.

A las doce del mediodía se encontraban ya todos los palcos repletos de invitados, entre los que cabe destacar los hijos del Generalísimo Franco, marqueses de Villaverde, cuya llegada a las Cortes, pri-



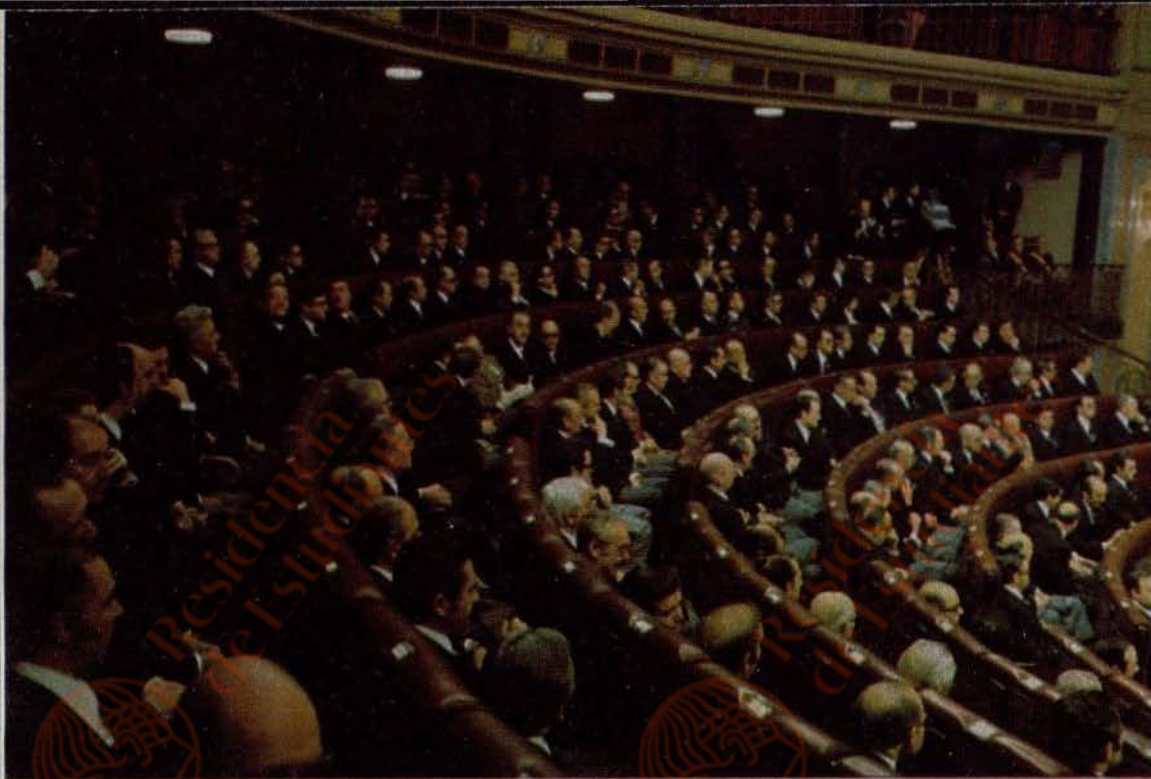
Don Juan Carlos, todavía Príncipe de España, a su llegada a las Cortes Españolas, donde iba a ser proclamado Rey de España, con el nombre de Juan Carlos I. Arriba, escuchando el Himno Nacional. Abajo, revistando las tropas que le rendían honores



No sólo en la Carrera de San Jerónimo, sino también a lo largo de todo el trayecto hasta el palacio de Oriente, la multitud se apiñaba para ver y vito

rear a los Reyes de España

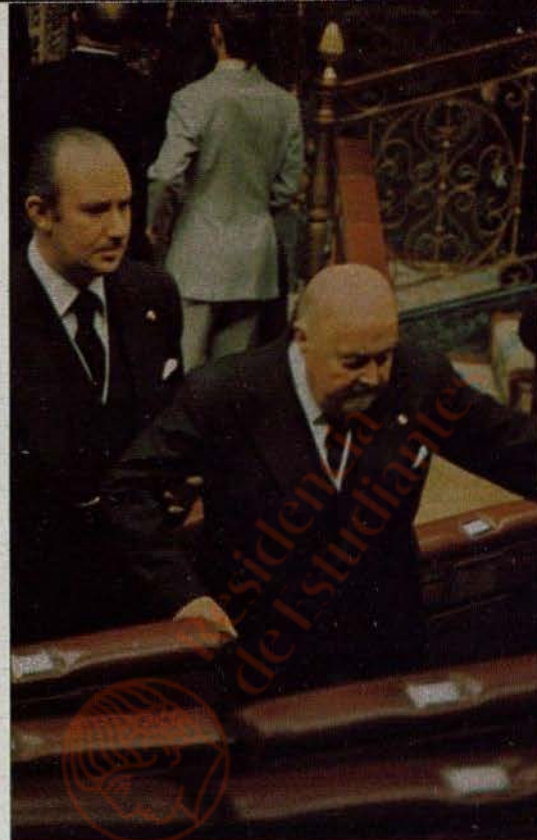




Impresionante aspecto que ofrecía el hemiciclo del palacio de las Cortes, con la totalidad de los procuradores presentes en la sala



En la foto superior vemos, en un palco, al hermano del Sha del Irán, príncipe Abdol Reza Pahlavi, con el vicepresidente de los Estados Unidos, Nelson Rockefeller. En la foto inferior, el vicepresidente primero de las Cortes, conde de Mayalde, en el momento de abrir la sesión



Don Nicolás Franco, hermano del Generalísimo, y su hijo, dirigiéndose a su escaño como procuradores

mero, y su entrada en el palco central, después, causaron gran emoción entre el público que abarrotaba los alrededores del palacio de la Carrera de San Jerónimo y procuradores e invitados que llenaban el hemiciclo de las Cortes. Con los marqueses de Villaverde llegarían también sus hijos, los duques de Cádiz, que tomaron asiento en el palco de la familia real; Mariola y su marido, Rafael Ardiz, que, junto con Francisco Franco Martínez-Bordiu, María del Mar y Cristóbal, se situarían en un palco bajo, a la derecha del estrado.

En el palco central, exactamente sobre el reloj que marcaría la hora histórica, tomarían asiento las infantas Pilar y Margarita, hermanas de don Juan Carlos, con sus maridos respectivos; la esposa del presidente del Gobierno, señora de Arias, y la marquesa de Villaverde.

En el palco contiguo, los ex soberanos de Grecia, Ana María y Constantino, hermanos de la Reina Sofía, que habían llegado aquella misma mañana, acompañados de la princesa Irene, y la infanta doña Alicia, tía de Juan Carlos, y sus primos, los príncipes de Zamoysky.

A las doce del mediodía empiezan a ocupar el «banco azul» los miembros del Gobierno. Cuando hace su entrada el presidente Arias Navarro, todo el mundo, puesto en pie, rinde homenaje de admiración y respeto con prolongado aplauso, que él recibe de pie y la cabeza inclinada por la emoción incontinente.

Eran las 12,28 cuando una marea de vítores, aplausos y ovaciones inunda toda la Carrera de San Jerónimo. Los Príncipes de España y sus hijos llegan al palacio de las Cortes. El Himno Nacional se deja oír en la límpida mañana de otoño, himno que don Juan Carlos escucha desde un podio.

El Príncipe viste uniforme de capitán general, y sobre éste, la Orden de Carlos III y el Toisón de Oro. La Princesa, un elegantísimo traje largo color rojo fucsia, y sobre su pecho, la banda de la Orden de Isabel la Católica. Los infantes, que acompañaban a sus padres, visten: Felipe, tra-

(Pasa a la página 65)





Eran las 12,32 horas, exactamente, cuando los Príncipes don Juan Carlos y doña Sofía —él con uniforme de capitán general, la Orden de Carlos III y el Toisón de Oro, y ella con la banda de Isabel la Católica— hacen su entrada en el hemiciclo de las Cortes en compañía de sus tres hijos, los infantes Felipe, Elena y Cristina. Gobierno, procuradores e invitados, puestos en pie, les tributarían grandes aplausos durante varios segundos







En la foto superior, solemne momento en el que el presidente del Consejo de Regencia y de las Cortes se dispone a tomar juramento al Príncipe don Juan Carlos de Borbón como Rey de España. Junto a él, su esposa, la Princesa Sofía, y sus tres hijos: Felipe, Elena y Cristina. En la foto inferior, el Gobierno y los procuradores e invitados, puestos en pie, tributan una gran ovación y prolongados aplausos al Rey, don Juan Carlos I de España







En la foto superior, don Juan Carlos de Borbón y Borbón se dispone a prestar juramento ante el Consejo de Regencia, siendo su presidente, el señor Rodríguez de Valcárcel, quien mantiene en sus manos los Evangelios. Como testigo, el ministro de Justicia. Abajo, los tres infantes: Felipe, Elena y Cristina. En primer término, los ministros de Hacienda y Agricultura. Al fondo, el señor Poole, ayudante del Rey; el general Armada, de la Casa Real, y los generales Sánchez Galiano, Fuertes de Villavicencio y Gavilanes, de las Casas Civil y Militar de Su Excelencia el Generalísimo



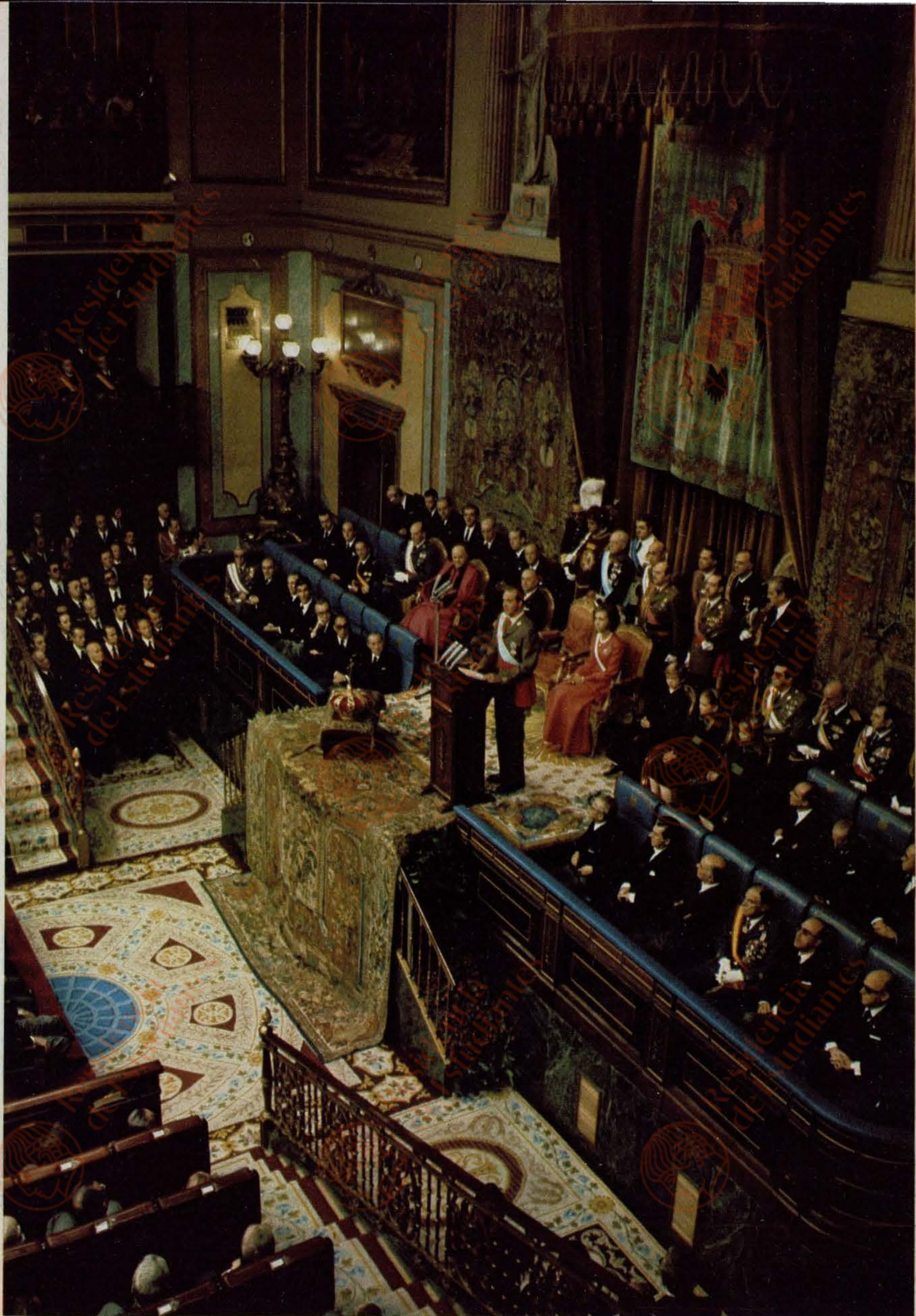




Recogemos en estas dos páginas, izquierda y derecha, tres momentos del trascendental mensaje que don Juan Carlos I dirigió al país momentos después de su proclamación como Rey de España. En la foto inferior y tras la Reina y los infantes vemos al marqués de Mondéjar, jefe de la Casa de Su Majestad el Rey; el coronel Dávila, ayudante de Campo; general Armada, de la Casa de Su Majestad, y a los jefes de las Casas Militar y Civil de Su Excelencia, generales Gavilanes y Fuertes de Villavicencio















Recogemos aquí, a la izquierda, el momento en el que todos los miembros del Gobierno y procuradores tributan a los Reyes de España y a sus hijos una cerrada salva de aplausos. En la foto superior, el hemiciclo de las Cortes durante la lectura del trascendental mensaje a la nación de Su Majestad el Rey Juan Carlos I. A la derecha, los Reyes de España disponiéndose a abandonar el hemiciclo con el saludo del Rey

(Viene de la página 58)

je azul marino con pantalón largo, y Elena y Cristina, vestidos en terciopelo verde.

A las 12,32, don Juan Carlos, doña Sofía y los infantes hacen su entrada en el hemiciclo de las Cortes, siendo recibidos por una salva de aplausos que dura exactamente un minuto.

Los Príncipes toman asiento en los dos sillones, rosa y oro, preparados en el estrado, y junto a ellos, sus tres hijos. En segundo término, el alto personal de su Casa: el jefe de la misma, marqués de Mondéjar; jefe de la Secretaría, general Armada; ayudante de campo, coronel Dávila; ayudantes de servicio, señores Poole y Pérez Pardo; jefe de Protocolo, señor Villacieros, y jefe del Gabinete de Prensa, señor Puig de la Bellacasa. En un palco se encontraban también los ayudantes capitán Valenzuela y comandante Montesinos, duque de la Victoria y comandante Juan Bautista Sánchez Bilbao, jefe de los Servicios de Seguridad de la Casa de Su Majestad.

#### PROCLAMACION DEL REY DE ESPAÑA

A las 12,34 horas, el presidente del Consejo de Regencia, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente asimismo del Consejo del Reino y de las Cortes Españolas, comienza a leer la fórmula de juramento. El Príncipe aparece serio y, en ocasiones, emocionado. La Princesa se



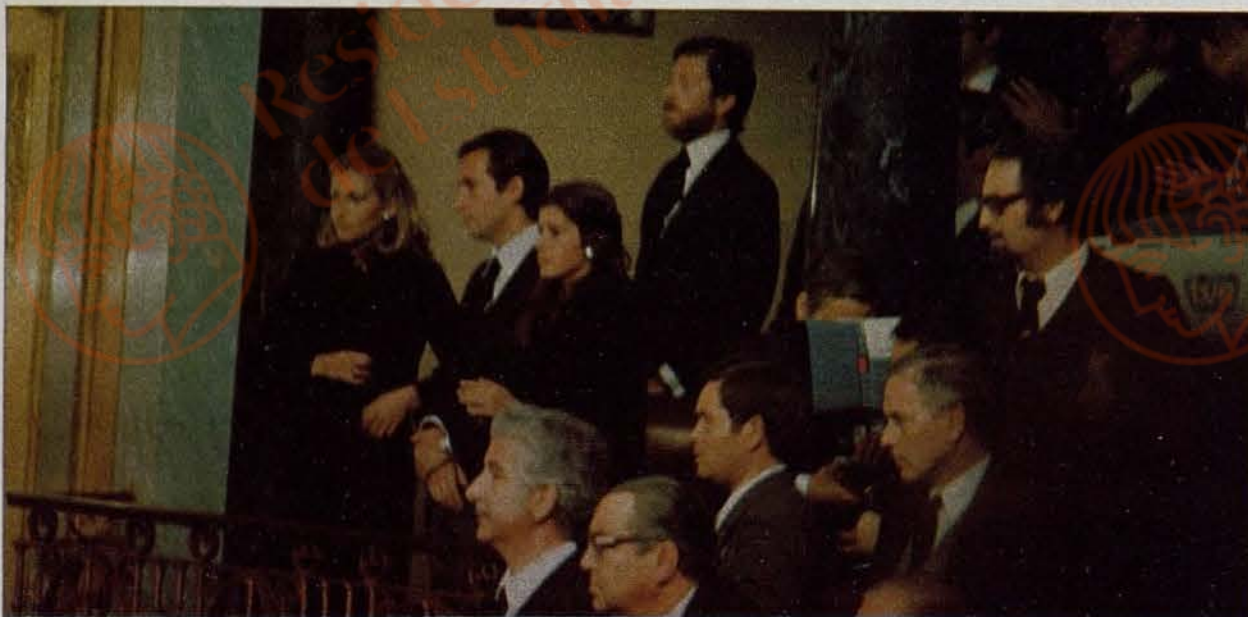




Recogemos aquí otro momento en el que el Rey don Juan Carlos I dirige su mensaje a la nación; el señor Tena, de Cultura Hispánica; general Armada, de la Casa de Su Majestad, y los ayudantes del Rey, señores Poole y coronel Dávila



En estos palcos vemos a las infantas doña Pilar y doña Margarita, marquesa de Villaverde y señora de Arias Navarro. A la derecha, a la princesa doña Sol de Baviera y el infante de Baviera. En la foto inferior, los nietos de Su Excelencia: Francisco, Mariola (ésta con su esposo, Rafael Ardiz) y María del Mar



En la foto superior, los miembros del Gobierno, pues se disponían a abandonar el estrado. Todo un símbolo

mantiene serena. Los infantes atentos:

«Las Cortes Españolas y el Consejo del Reino, convocados por el Consejo de Regencia en cumplimiento a lo dispuesto en la Ley de Sucesión, están reunidos para recibir el juramento como Rey de España». Y siguió diciendo:

«¿Juráis por Dios y sobre los Santos Evangelios cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del Reino y guardar lealtad a los Principios que informan el Movimiento Nacional?».

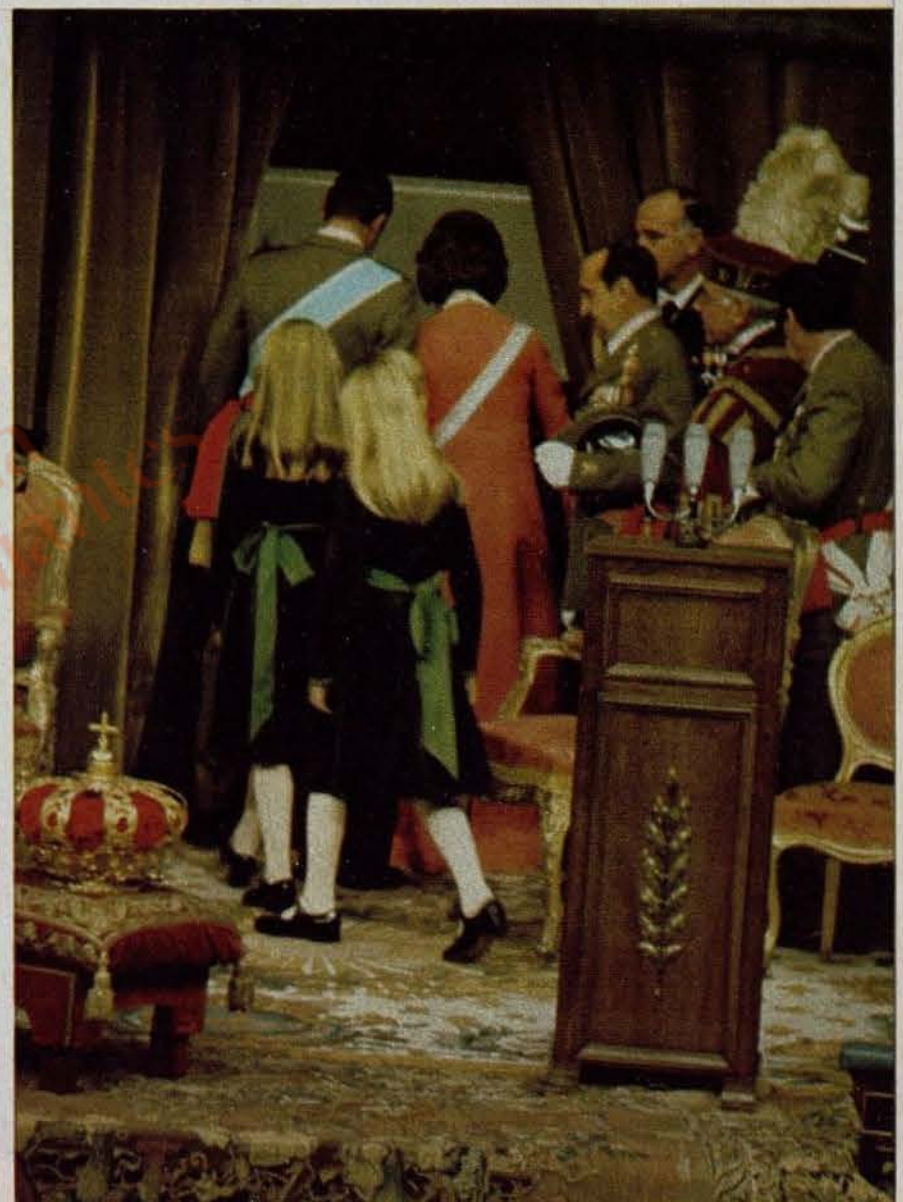
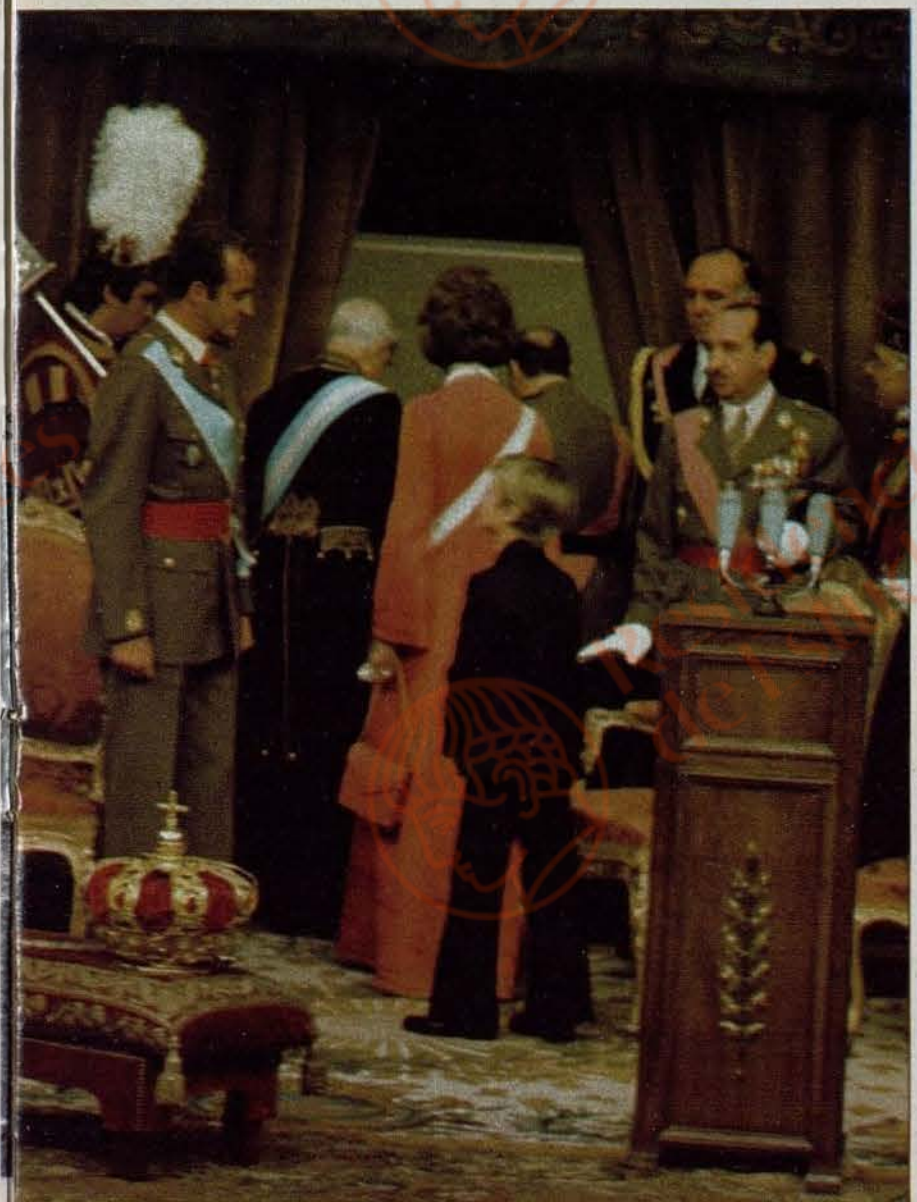
A lo que don Juan Carlos de Borbón, con la mano derecha extendida sobre los Evangelios, que sostenía el señor Rodríguez de Valcárcel, y teniendo ante sí los atributos de la realeza—el cetro y la corona—, junto a un crucifijo, que habían sido depositados sobre un cojín rojo, contestó:

«Sí, juro por Dios y sobre los Santos Evangelios cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del Reino y guardar lealtad a los Principios que informan el Movimiento Nacional».

El presidente del Consejo de Regencia dijo: (Pasa a la pág. 70)



tos en pie, aplauden uno de los pasajes del mensaje del Rey a la nación. Abajo, a la izquierda, simpática fotografía en la que vemos al Rey de España y a su hijo, el príncipe de Asturias, cuarto de continuidad en esta mirada del Rey a su hijo y del príncipe de Asturias a su padre, el Rey. A la derecha, los Reyes abandonando el estrado, seguidos de sus hijas, las infantas Elena y Cristina



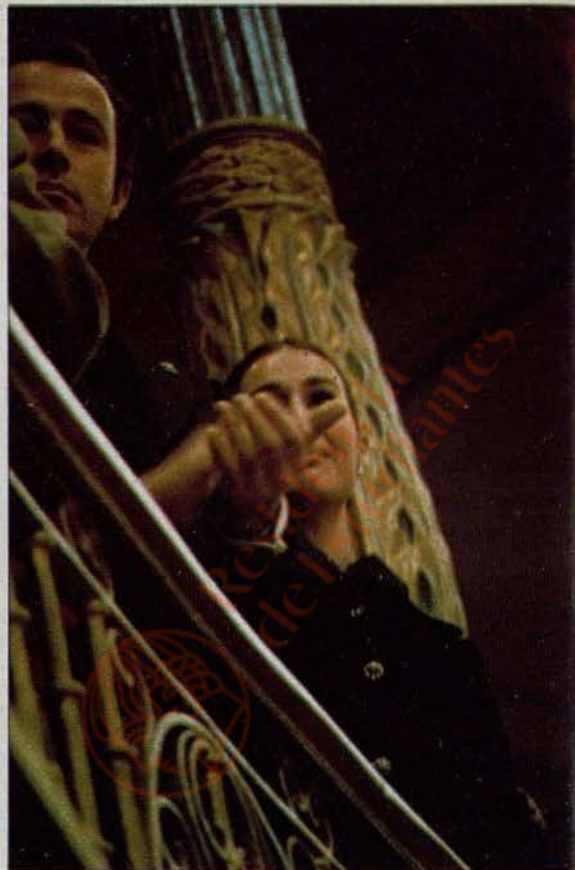




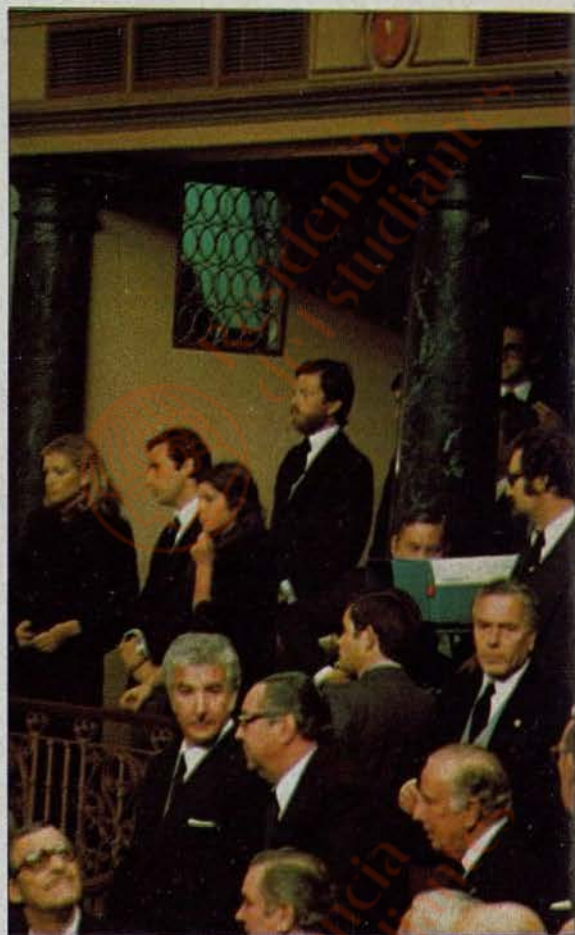
En estos dos palcos, recogidos en la misma fotografía, vemos, de izquierda a derecha, al príncipe Rainiero, Rey Hussein de Jordania, Presidente de Chile, general Pinochet, y esposa, y primera dama de Filipinas, doña Imelda Marcos, entre otros representantes extranjeros



En la foto superior, infanta doña Alicia, ex Reyes de Grecia, Constantino y Ana Maria, y otros miembros de la familia real española. En la foto inferior, otra de las tribunas de invitados, entre los que vemos al académico señor Pemán



Emotiva fotografía en la que vemos al duque de Cádiz aplaudiendo mientras su esposa, la duquesa de Cádiz, no puede contener la emoción del momento



En la foto superior, los nietos del Generalísimo, Francisco, Mariola, ésta, con su marido, Rafael Ardiz, y Maria del Mar. Abajo, varios representantes extranjeros en uno de los palcos







En estas dos fotos, vemos a la izquierda a la infanta doña Pilar, con su esposo, el duque de Badajoz. A la derecha, la infanta doña Margarita, con su esposo, el doctor Carlos Zurita, hermanas del Rey de España



Arriba, los ex soberanos de Grecia, Constantino y Ana María, hermanos de la Reina doña Sofía, abandonando el palacio de las Cortes después del acto de proclamación. Abajo, dos aspectos impresionantes de la carrera de San Jerónimo y plaza de Neptuno, abarrotados de público







Era la una menos cinco de la tarde cuando Sus Majestades los Reyes de España, don Juan Carlos I y su esposa, la Reina doña Sofía, con sus hijos, aparecieron en la puerta del palacio de las Cortes Españolas entre el delirante vitorear de miles de personas congregadas frente al edificio. Los Reyes correspondían saludando a la multitud. Seguidamente desfilaron ante Sus Majestades los Reyes las tropas que habían rendido honores



Los Reyes de España, en el momento de subir al coche descubierto, en el que recorrerían las calles madrileñas entre el fervor popular

(Viene de la pág. 66)

**«Si así lo hiciereis, que Dios y la Patria os lo premien, y si no, os lo demanden».**

Formulado el juramento por don Juan Carlos de Borbón, el presidente del Consejo de Regencia, en nombre de las Cortes Españolas y del Consejo del Reino, anunció a la nación española que quedaba proclamado Rey de España don Juan Carlos de Borbón y Borbón, que reinará con el nombre de Juan Carlos I; y añadió: «Desde la emoción del recuerdo a Franco: ¡Viva el Rey! ¡Viva España!». Ambos vítores fueron contestados por sendos gritos de la Cámara, mientras el Rey contenía a duras penas la emoción, mientras su mirada se dirigía hacia sus hermanas, Pilar y Margarita, y los aplausos atronaban durante minuto y medio el hemiciclo. Inenarrable momento que jamás podrá olvidarse.

A continuación, el Rey se aproximó al atril instalado en el estrado, depositó sobre él unas cuartillas y comenzó su discurso, cuyo texto ofrecemos al comienzo de esta información.





Los Reyes de España, don Juan Carlos I y doña Sofía, y sus hijos, presenciando el desfile desde la puerta del palacio de las Cortes. Abajo les vemos en compañía del presidente del Consejo de Regencia, señor Rodríguez de Valcárcel; del presidente del Gobierno, señor Arias Navarro, y miembros del Gobierno; del secretario del Consejo del Reino, don Enrique de la Mata; del jefe de la Casa del Rey, marqués de Mondéjar, y jefes militares, durante el desfile de las tropas

Era la una menos diez minutos de la tarde cuando el Rey de España finalizaba la lectura de su mensaje, interrumpido en varios pasajes por atronadores aplausos. Dos de estas interrupciones fueron de intensa emoción: la primera de ellas, cuando rindió sentido homenaje a la figura de Franco, y la segunda, cuando recordó a su padre, el conde de Barcelona.

#### OVACIONES AL REY DE ESPAÑA

Un minuto exacto de ovaciones de los procuradores puestos en pie coronaron el mensaje de Su Majestad Juan Carlos I, dirigido a la nación desde el hemiciclo de las Cortes. El mensaje fue interrumpido en cinco ocasiones con aplausos de los procuradores, de las misiones extranjeras y del público que asistía al acto.







Recogemos aquí otros dos momentos del entusiástico recorrido por las calles de Madrid de los Reyes de España tras su proclamación en el palacio de las Cortes Españolas

La primera ocasión, al recordar «con respeto y gratitud la figura de quien durante tantos años asumió la pesada responsabilidad de conducir la gobernanación del Estado». Fue aplaudido durante quince segundos. La segunda ocasión, al afirmar que el cumplimiento del deber está por encima de cualquier otra circunstancia, «norma que

me enseñó mi padre desde niño y que ha sido una constante de mi familia, que ha querido servir a España con todas sus fuerzas». Los aplausos duraron ocho segundos. Otros dieciséis segundos de ovaciones cerraron el párrafo de su discurso que afirmaba: «... no queremos ni un español sin trabajo ni un trabajo que no

permita a quien lo ejerce mantener con dignidad su vida personal y familiar, con acceso a los bienes de la cultura y de la economía para él y para sus hijos». Quince segundos de aplausos refrendaron sus palabras afirmando que «la Monarquía española enviaba a todos los pueblos sus deseos de paz y entendimiento, con respeto

siempre para las peculiaridades nacionales y los intereses políticos, con los que todo pueblo tiene derecho a organizarse, de acuerdo con su propia idiosincrasia».

La mayor ovación con que fue interrumpido el mensaje de Su Majestad fue cuando hizo alusión al objetivo de conseguir restaurar la integridad

territorial de nuestro solar patrio. Durante treinta y cinco segundos fue ovacionado con los procuradores puestos en pie.

#### HOMENAJE A LA MARQUESA DE VILLVERDE

Cuando los Reyes abandonaron el hemiciclo en dirección a

la calle, la sala entera, puesta en pie, se volvió hacia la marquesa de Villaverde, hija del Generalísimo Franco, y le tributaron la más emocionada ovación a los gritos de «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!», que ella, llorando desconsoladamente, escuchó puesta en pie. En un palco contiguo, su hija, la

Desde el coche descubierto y en pie, el Rey de España corresponde a los vítores de la multitud enardecida y emocionada. En la foto inferior, los Reyes inician su recorrido por las calles madrileñas hacia el palacio de Oriente. La Reina agita su mano ante el clamor popular y los gritos de «¡Viva la Reina! ¡Vivan los Reyes!»



Una inmensa multitud se agolpaba a todo lo largo del extenso recorrido por la plaza de Neptuno, paseo del Prado, plaza de Cibeles, calle de Alcalá, Gran Vía, plaza de España y paseo de Onésimo Redondo





## LOS REYES, ANTE EL FERETRO DE FRANCO



Desde el palacio de las Cortes y directamente, SS. MM. los Reyes de España se dirigieron hacia el palacio de Oriente para orar ante los restos mortales del Generalísimo. Allí ya se encontraban los miembros de la familia Franco, como vemos en la foto superior.

duquesa de Cádiz, intentaba contener a duras penas el llanto mientras, a su lado, el duque de Cádiz aplaudía emocionado, al igual que todos los presentes.

### ACLAMADOS EN LA CALLE

A las trece horas, los Reyes de España abandonaban el palacio de las Cortes entre ensordecedores gritos de «¡Juan Carlos! ¡Juan Carlos!», «¡Viva la Reina!» y «¡Sofía! ¡Sofía!», a los que los monarcas correspondían agitando sus manos. Tras descender la escalinata de la puerta principal bajo dosel, sonó de nuevo el Himno Nacional y se celebró el desfile de las tropas ante los Reyes.

Terminado éste, y entre el clamor popular, los Reyes subieron al coche descubierto, en el que permanecieron de pie durante bastante tiempo, iniciando seguidamente su recorrido por la Carrera de San Jerónimo, plaza de Neptuno, paseo del Prado, plaza de Cibeles, calle de Alcalá, Gran Vía, plaza de España y paseo de Onésimo Redondo, hasta el palacio de Oriente. A lo largo de este extenso recorrido, la multitud, agolpada en las aceras, no dejó de vitorear a los Reyes, cuyo coche descubierto marcha lentamente entre el Regimiento de Caballería de Su Excelencia. Las calles se encontraban cubiertas por dieciséis unidades de distintos regimientos, hasta sumar un total de tres mil hombres con uniforme de gala.

A las 13.50, la comitiva real llegaba al palacio de Oriente, donde los Reyes rendirían el primer acto público de su reinado: un tributo a Franco orando ante sus restos mortales y testimoniando su sentido y emocionado pésame a todos los miembros de la familia del Generalísimo, que en esos momentos se encontraban presentes en el Salón de Columnas.

A las dos y media de la tarde, la comitiva regia abandonaba el palacio de Oriente, dirigiéndose por la calle de Bailén y cuesta de la Vega a su residencia del palacio de la Zarzuela.

JAIME PEÑAFIEL

En la foto superior izquierda, el Rey don Juan Carlos aparece embargado por la emoción, mientras ora ante el féretro que contiene los restos mortales del Caudillo. A la derecha, los marqueses de Villaverde y los duques de Cádiz en la capilla ardiente. Abajo, a la izquierda, los nietos de Su Excelencia, Francisco, María del Mar y Cristóbal, y don Gonzalo de Borbón. A la derecha, el Rey testimonia su pésame a los marqueses de Villaverde y a los duques de Cádiz.

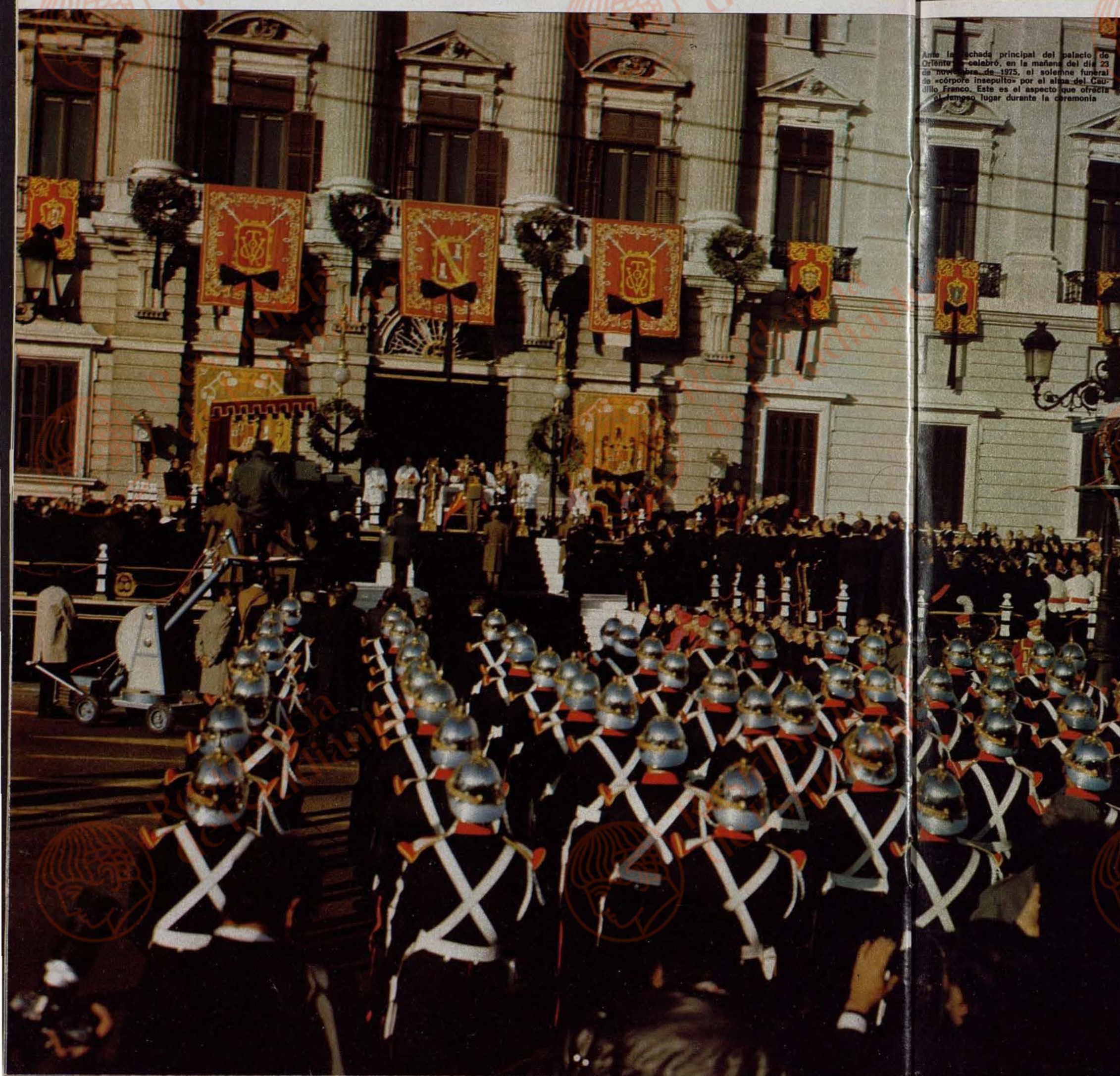


Los Reyes de España, don Juan Carlos y doña Sofía, que se había colocado un abrigo en terciopelo negro sobre su traje color fucsia, hacen su entrada en el Salón de Columnas para orar ante los restos mortales del Caudillo.





# LOS FUNERALES EN LA PLAZA DE ORIENTE



Ante la fachada principal del palacio de Oriente se celebró, en la mañana del día 23 de noviembre de 1975, el solemne funeral de «cárpore insepulto» por el alma del Caudillo Franco. Este es el aspecto que ofrecía el famoso lugar durante la ceremonia



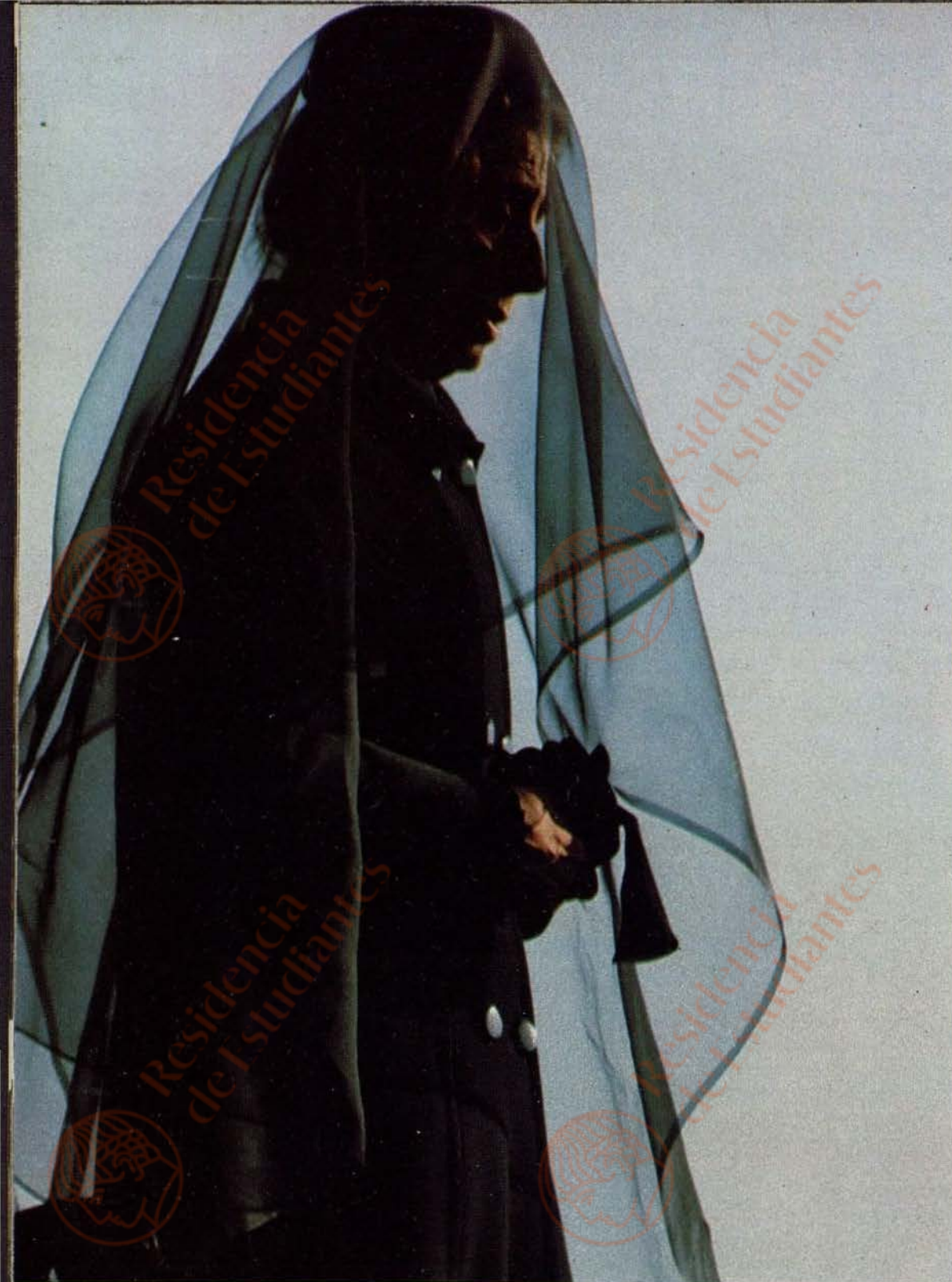
En un sitial bajo dosel, colocado en el lugar del Evangelio, tomaron asiento SS. MM. los Reyes de España, don Juan Carlos y doña Sofía



En la foto de arriba, un momento del solemne funeral presidido por el féretro con los restos del Generalísimo, que fueron colocados ante el altar. Abajo, la presidencia familiar colocada en el lado de la Epístola, y que estaba presidida por la viuda del Jefe del Estado, sus hijos y sus nietos







Doña Carmen Polo, viuda de Franco, cubierto el afligido rostro por una «pena», aparece en recogida y emocionada actitud durante el funeral. Abajo, al frente del duelo familiar; en segundo término, sus hijos, los marqueses de Villaverde, y sus nietos, los duques de Cádiz



El féretro del Generalísimo aparecía cubierto por la bandera nacional y, sobre ella, el bastón de mando, la espada y la gorra de capitán general



El nieto mayor de Su Excelencia, Francisco Franco Martínez-Bordiu



Cristóbal, otro de los nietos varones de Franco

Y a las siete de la mañana fue cerrada al público la capilla ardiente, y los miles y miles de personas que aún aguardaban en larguísimas colas para poder dar el último adiós a Franco no pudieron ver cumplido este deseo. Pero había que preparar todo para la Misa de «cópore insepulto» que iba a tener lugar en la plaza de Oriente. El último español en pasar ante los restos de Franco fue don Gonzalo Urrestarezu, de cuarenta y seis años.

Inmediatamente después, los títulos del Consejo de Regencia iniciaron su turno de vela. Terminado éste, monseñor Cantero Cuadrado rezó un responso y don Alejandro Rodríguez de Valcárcel dio la voz de «Francisco Franco», que fue contestado por todos los presentes con el grito de: «¡Presente!». Después velarían el cadáver durante unos minutos el Consejo del Reino y los miembros del Gobierno en pleno.

Terminado este último turno llegaron a la capilla doña Isabel Polo, el duque de Cádiz y el marqués de Villaverde, que antes de que fuera cerrada la caja depositó un beso sobre la frente del Caudillo, visiblemente emocionado. También se encontraban presentes los jefes de las Casas Civil y Militar y segundo jefe de esta última, depositarios y guardianes del cadáver.

SIGUE





Los marqueses de Villaverde, que tomaron asiento inmediatamente detrás de doña Carmen, y sus hijos, los duques de Cádiz



Mariola, la segunda nieta del Generalísimo



María del Mar, con el rostro embargado por la emoción

María Aránzazu, la nieta menor del Generalísimo



De derecha a izquierda, todos los nietos de Franco: Mariola, su marido, Rafael Ardiz; Francisco, María del Mar, Cristóbal y Jaime, durante la Misa. Arriba, SS. MM. los Reyes de España presidiendo el funeral en la plaza de Oriente







En la foto de la izquierda vemos a la viuda del Jefe del Estado, doña Carmen Polo, profundamente abatida por la emoción y el dolor. A la derecha, sus hijos, los marqueses de Villaverde. Abajo, a la izquierda, los duques de Cádiz, María del Carmen y Alfonso. Y a la derecha, María del Mar, Francisco, visiblemente afectado, y Rafael Ardiz, marido de Mariola



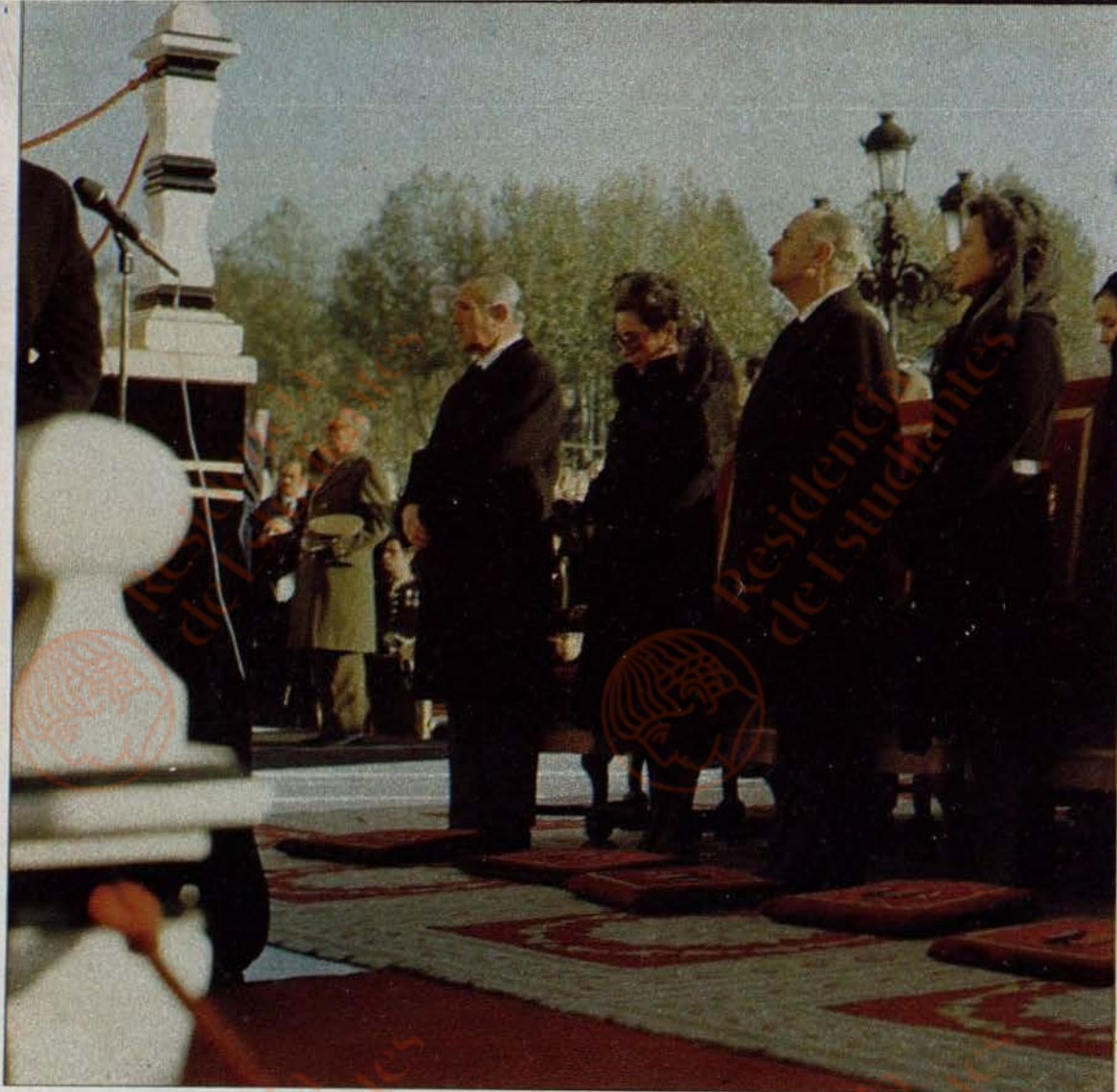




En la foto de la izquierda, Francisco, Rafael Ardiz y su esposa, Mariola. A la derecha, los tres nietos menores de Su Excelencia: Cristóbal, María Aránzazu y Jaime. En la foto inferior, impresionante aspecto de la plaza de Oriente durante el funeral de «córporé insepulto»







Los presidentes del Gobierno y de las Cortes, señores Arias Navarro y Rodríguez de Valcárcel, con sus respectivas esposas, durante el funeral de la plaza de Oriente

A las 7,25 horas fueron colocadas sobre el féretro una tapa de zinc con un cristal y la de madera con un cristal tallado. La primera de ellas fue soldada.

Antes de esta operación, el ayuda de cámara de Su Excelencia, don Máximo González Álvarez, besó al Caudillo llorando desconsoladamente.

Una vez cerrado el féretro, el ministro de Justicia, como notario mayor del Reino, dio fe del hecho. Inmediatamente, los operarios procedieron a cerrar definitivamente el féretro, en presencia del presidente Arias y todos los ministros visiblemente emocionados. En la tarea se emplearon veintidós minutos.

En esta emocionante ceremonia se encontraban también presentes los otros dos ayudantes de cámara de Franco, que habían permanecido con él desde el año 1937, don Ruperto Zamorano Saudado y don Muñoz Gil.

Mientras tanto, los miles de personas que no habían podido ver al Caudillo corrieron a ocupar lugares preferentes frente al palacio real y calle de Bailén, mientras que cientos de miles de personas más afluyeron como una riada humana por todas las calles que confluían en la plaza de Oriente.

La «zona de silencio» aparecía en la mañana del día 23 ampliada y la circulación había sido restringida en las calles próximas a los límites de la citada zona.

Junto a la puerta central del palacio había sido levantado un gran estrado, donde se celebraría el funeral ante el féretro, ya cerrado, del Jefe del Estado.

A las 9,15 horas de la mañana llegó al estrado la viuda del Jefe del Estado, doña Carmen Polo, en compañía de sus hijos, los marqueses de Villaverde, y todos sus nietos.

Doña Carmen, que cubría su rostro con una «pena» bajo la que se adivinaba más que veía su rostro embargado por un inmenso dolor, tomó asiento al frente de toda su familia al lado de la Epístola. Tras ella, sus hijos, los marqueses de Villaverde, y sus nietos mayores, los duques de Cádiz. En tercer término, el resto de los nietos: Francisco, Mariola con su esposo, Rafael Ardiz; María del Mar, María Aránzazu, Cristóbal y Jaime.

Antes de la llegada de la familia Franco a la plaza de Oriente ya se encontraban en los lugares previamente señalados las 260 personas invitadas con derecho a asiento: 25 familiares de las Reyes, 25 familiares del Generalísimo Franco, 40 de las Casas Civil y Militar de Su Excelencia, 41 del Gobierno español, 25 de la Casa de Sus Majestades los Reyes, 35 de jefes de misiones extranjeras, 30 del Consejo del Reino, 192 de autoridades civiles y militares, 214 del Cuerpo Diplomático y acompañamiento de misiones extranjeras y 30 arzobispos y obispos.

Exactamente a las 9,55 horas de la mañana llegaban a la plaza de Oriente los Reyes de España. El Rey vestía uniforme de capitán general y la Reina de negro. Los cientos de miles de personas que abarrotaban la plaza aclamaron a los soberanos con gritos de: «¡Viva el Rey» y «¡Juan Carlos, Juan Carlos!», mientras que ellos, desde un podio, escuchaban los himnos nacionales. Inmediatamente se dirigieron hacia la plataforma donde se encontraba doña Carmen. La Reina,

SIGUE

He aquí a todos los representantes extranjeros presentes en los funerales por el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, en la plaza de Oriente







Su Majestad el Rey don Juan Carlos I de España, a quien acompaña su esposa la Reina, saluda al féretro que contiene los restos mortales del Generalísimo a su salida del palacio de Oriente, tras el funeral. En la foto inferior derecha, S. M. la Reina doña Sofía, recogida en oración durante la Misa de «còrpore insepulto»



El féretro con los restos mortales del Caudillo son sacados del palacio de Oriente por los miembros de su escolta. En la foto de abajo, SS. MM. los Reyes de España durante el funeral







En primer término, los ex soberanos de Grecia, Ana María y Constantino. En segundo término, el ex Rey Leka de Albania



La Reina Ana María con su cuñada Irene de Grecia, hermana de la Reina Sofía



El príncipe Rainiero, el Rey Hussein de Jordania y el gran maestro de la Orden de Malta



La primera dama de Filipinas, Imelda de Marcos, y el Presidente de la Junta Militar de Chile, general Pinochet

Grandes duques de Rusia, Reina Geraldina de Albania y Ana de Francia



De izquierda a derecha vemos a los ex soberanos de Grecia, Constantino y Ana María, hermanos de los Reyes de España; infanta Pilar y Margarita y princesa Irene de Grecia, hermana de la Reina Sofía



Vicepresidente de los Estados Unidos, Nelson Rockefeller, y su esposa



Representantes de Irán y Arabia Saudita, hermanos del Sha y del Rey saudí, respectivamente



Los Reyes de Bulgaria, Simeón y Margarita



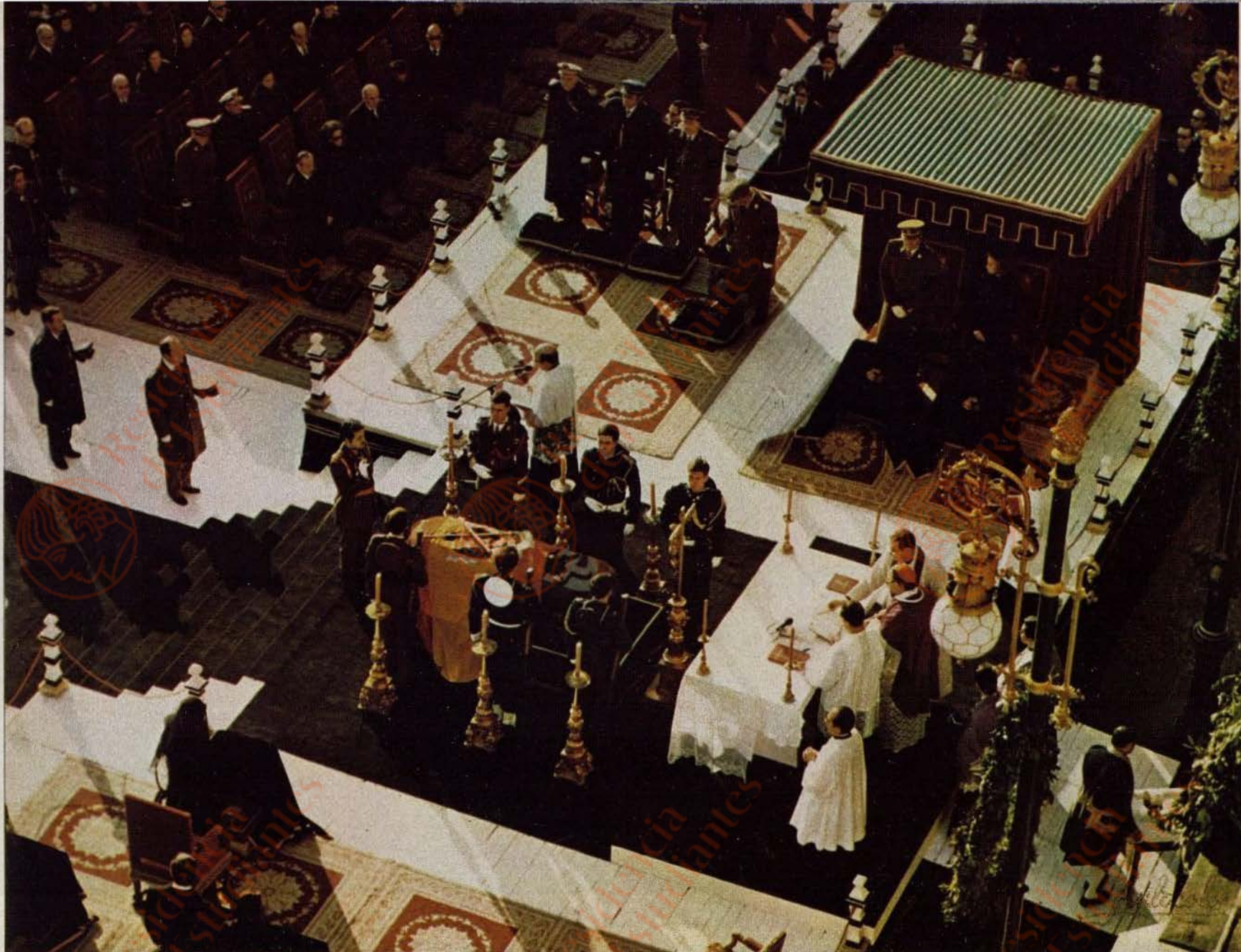
La gran duquesa de Rusia y los príncipes de Borbón Dos Sicilias

Simeón de Bulgaria, don Gonzalo de Borbón Dos Sicilias y duque de Badajoz

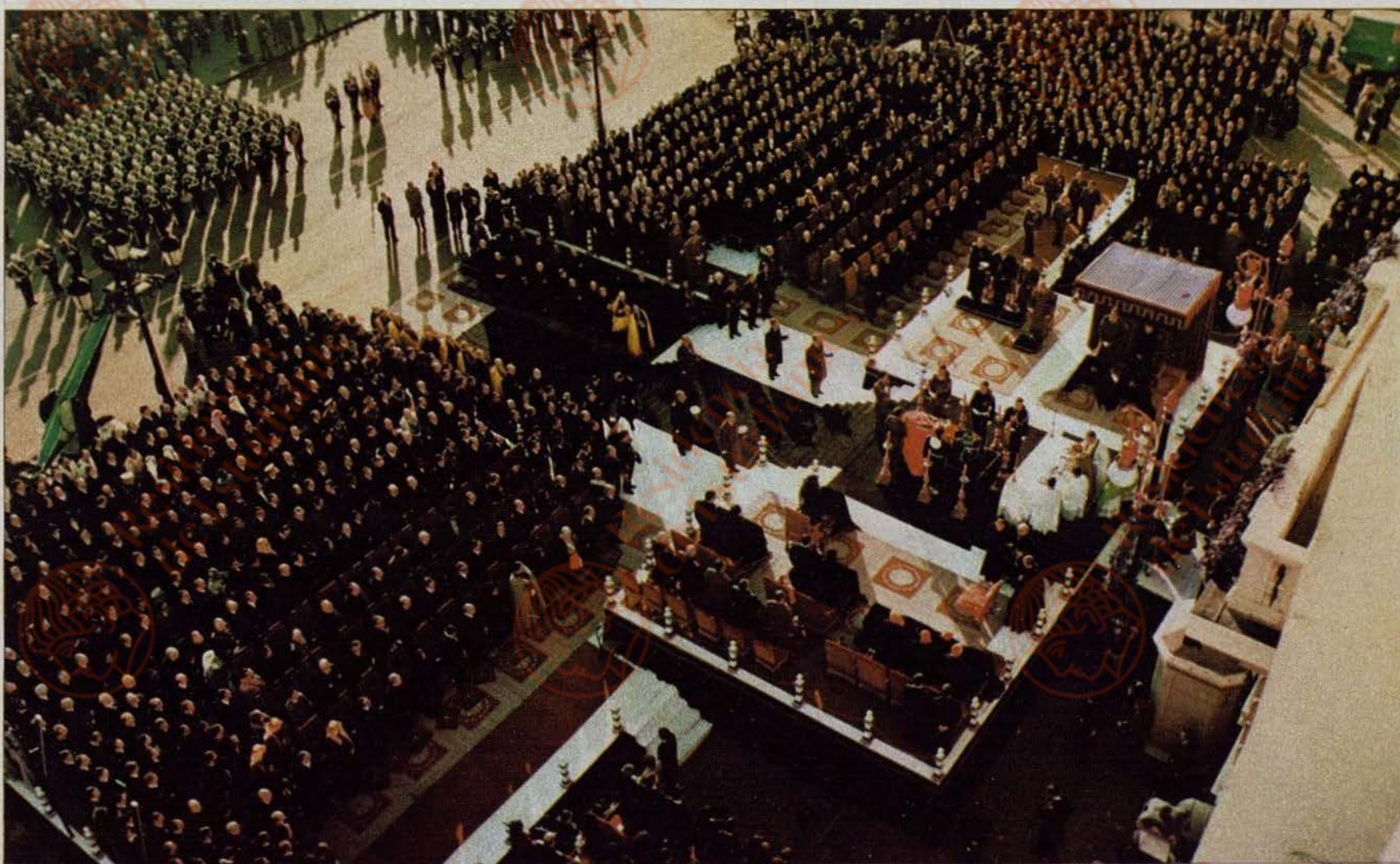
Reyes de Albania, Leka y Susan, y Reina Geraldina; princesa de Baviera y princesa de Borbón Dos Sicilias







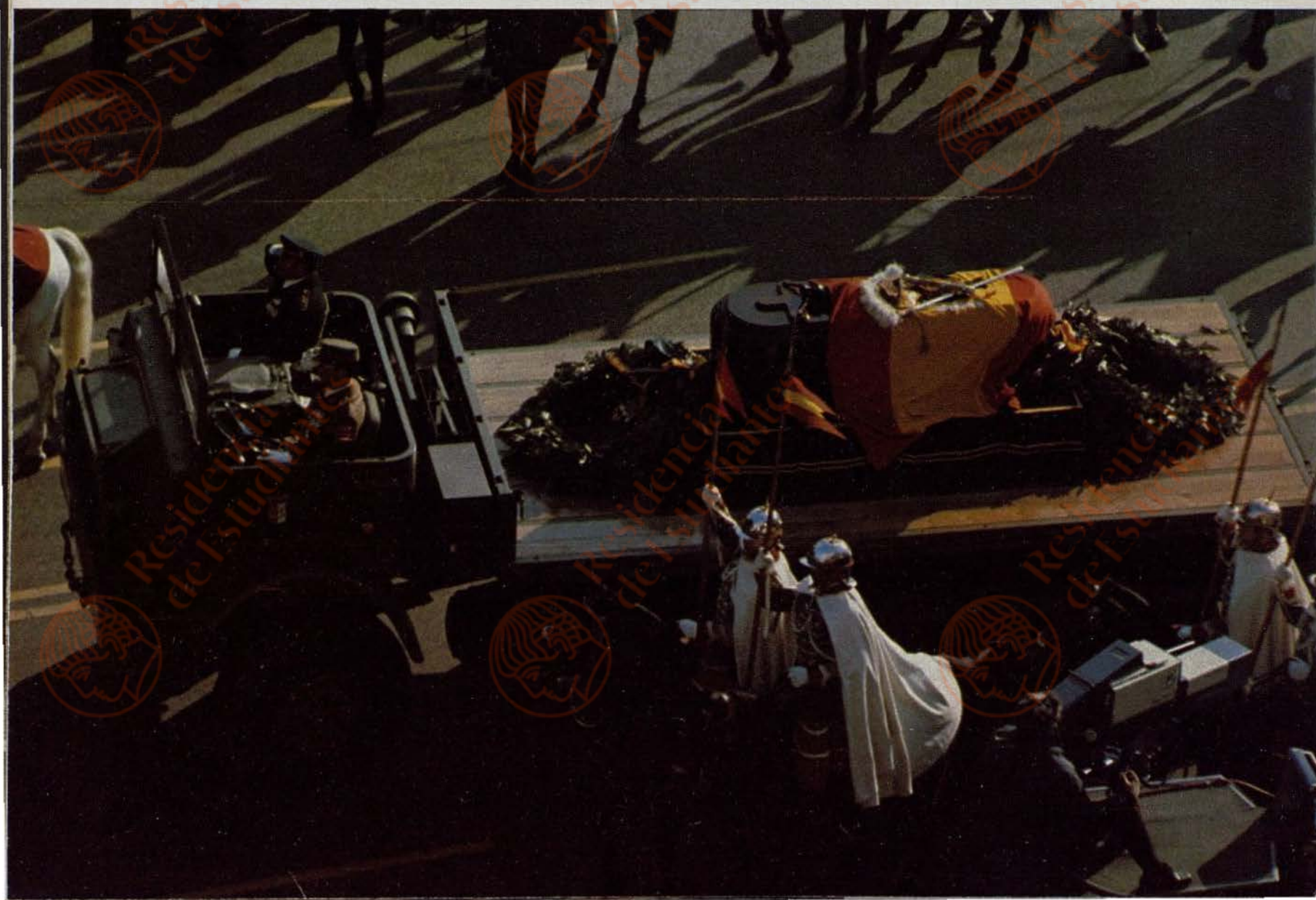
Recogemos aquí dos momentos del solemne funeral celebrado en la plaza de Oriente por el eterno descanso del Jefe del Estado, Generalísimo Franco. En la foto superior, el féretro ante el altar en el que oficiaba el primado de España. A la derecha, los Reyes de España. A la izquierda, de espaldas, la viuda de Franco. En la foto de abajo, vista general de la gran plataforma donde se celebró el funeral con asistencia de los Reyes, la familia Franco, el Gobierno español, los representantes extranjeros, Cuerpo Diplomático, autoridades y miembros de las Casas Civil y Militar de Su Excelencia







En la foto de arriba, otro impresionante aspecto de la plaza de Oriente durante el desfile ante el féretro que contenía los restos mortales del Generalísimo tras el solemne funeral celebrado en la plaza de Oriente. Abajo, el armón motorizado que transportaba el féretro del Caudillo envuelto en la bandera nacional



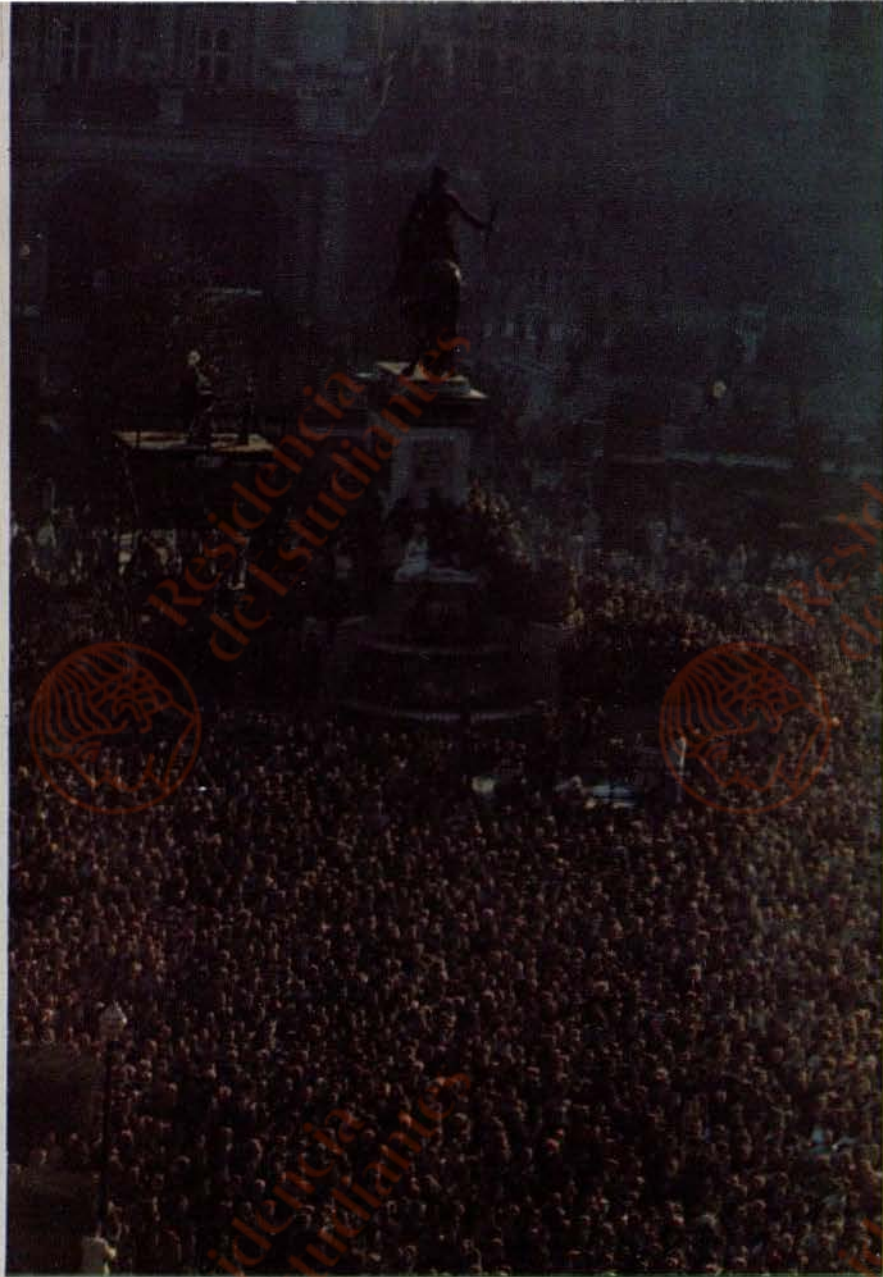




Tropas de Marina desfilan ante los restos mortales del Jefe del Estado, que aparecen sobre el armón motorizado que en la foto inferior inicia su marcha seguido por el Rey, de pie y en coche descubierto, y escoltados por un escuadrón de lanceros a caballo







En la foto superior de la izquierda, impresionante aspecto de la plaza de Oriente, donde cientos de miles de españoles se congregaron para decir su último adiós a Franco. En la foto de la derecha, los miembros del Gobierno español durante la Misa. En la foto inferior, el cortejo fúnebre, féretro del Caudillo y el Rey, en pie, en coche descubierto escoltado por lanceros a caballo, inicia su camino por la calle de Bailén hacia el Arco de la Victoria, en la Ciudad Universitaria



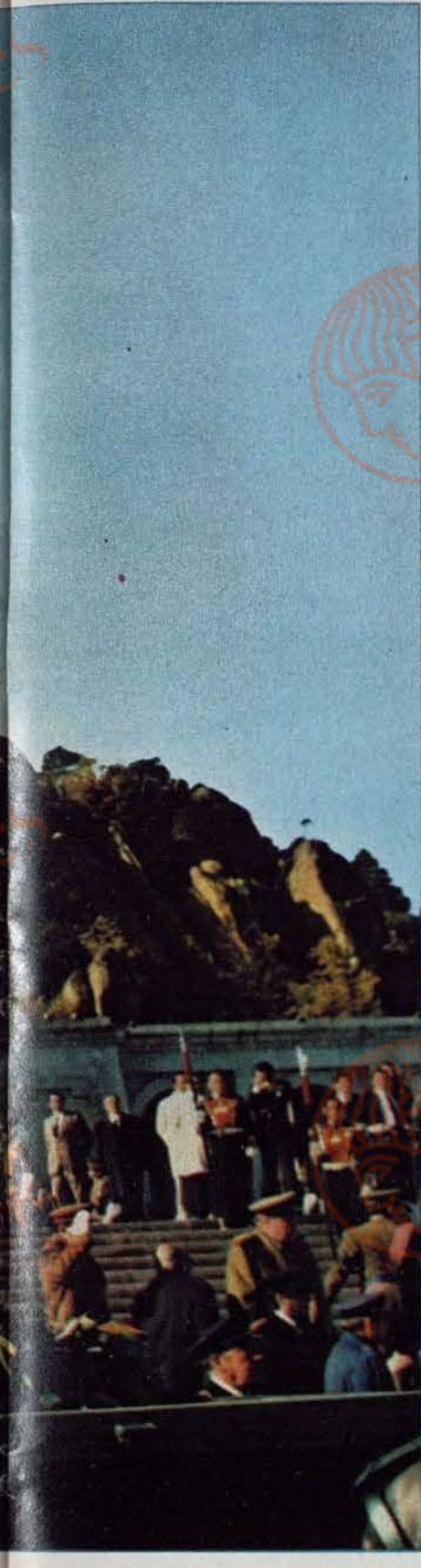
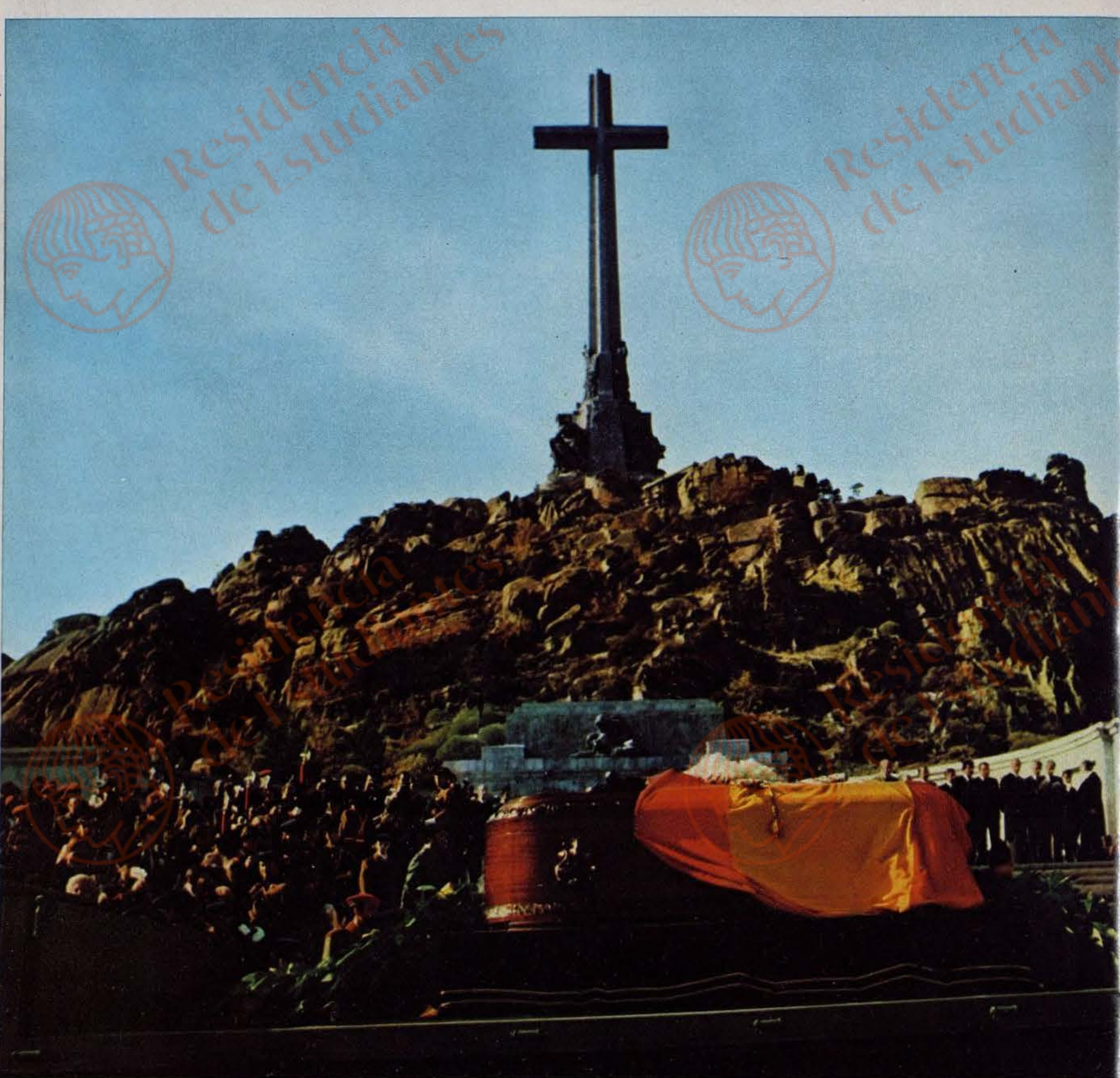




Después de la Misa de «corpore insepulto», y ante los restos mortales del Generalísimo, desfilaron las Fuerzas Armadas. En esta vista panorámica excepcional recogemos un momento de este emocionante acto. En la foto inferior, el cortejo fúnebre por el paseo de Rosales hacia la avenida de la Moncloa







Llevado a hombros de sus familiares, marqués de Villaverde, duque de Cádiz y Francisco, Cristóbal y Rafael Ardiz y ayudantes de Su Excelencia, el féretro es recibido por el abad de la basílica con cruz alzada



En la foto superior, un momento de la impresionante procesión fúnebre por la gran explanada hacia la basílica. En la foto inferior, Su Majestad el Rey, que seguía tras el féretro. En segundo término, las nietas del Caudillo



Impresionante y bellísima fotografía que recoge el exacto momento en el que el féretro que contiene los restos mortales del Generalísimo Franco llega ante la basílica del Valle de los Caídos, presidida por la imponente cruz granítica bajo cuyos brazos descansará hasta el juicio final el Jefe del Estado. En la foto de abajo, el cortejo fúnebre dirigiéndose, entre un mar de bolinas rojas y gritos de «¡Franco, Franco, Franco!», hacia el interior de la basílica

en un gesto lleno de emoción, se acercó a ella, a la que besó y abrazó. Doña Carmen no pudo contener su dolor y apoyó la cabeza sobre la de la Reina. Los Reyes también se acercaron a los marqueses de Villaverde y a los duques de Cádiz. Luego se trasladaron hacia el lugar reservado para ellos bajo dosel y situado en el lado del Evangelio. A las 10.03 horas, un cornetín de órdenes dio entrada al Himno Nacional, mientras en la puerta del palacio de Oriente aparecía el féretro del Caudillo, que era llevado a hombros por miembros de su escolta por una rampa hacia el altar, a cuyos pies fue colocado. Este momento fue indescriptible. Como en tantas y tantas ocasiones, los cientos de miles de personas que abarrotaban

SIGUE





El cortejo fúnebre sube las escalinatas de acceso al templo. En segundo término vemos al Rey, familiares y miembros del Gobierno



En esta fotografía vemos al marqués de Villaverde, y a sus hijos, Francisco y Cristóbal, así como los ayudantes de Su Excelencia, llevando sobre los hombros el féretro. Abajo, guiones y banderas se inclinan ante el paso del cadáver de Franco

la plaza y calles adyacentes prorrumpían en gritos de «Franco, Franco», que duró varios minutos. Era el último adiós de España a Franco, el más sentido, doloroso y emocionante. Doña Carmen, su viuda, inclinó la cabeza y rompió a llorar.

A las 10,07 horas comenzó la Santa Misa, que fue oficiada por el cardenal primado de España y arzobispo de Toledo, monseñor González Martín, que pronunciaría una emotiva homilía, de la que destacamos los siguientes pasajes:

«Dejad que estas palabras crucen los cielos de la plaza de Oriente y lleguen al corazón entristecido de los españoles. Transmitirselas vosotros mismos, los que con el más vivo dolor podéis repetirlas, porque creéis en Jesucristo y por lo mismo podéis demostrar que vuestra esperanza es, al menos, tan grande como vuestro dolor».

«Ante ese cadáver han desfilado tantos y tantos que necesariamente han tenido que ser pocos, en comparación con los muchos más que hubieran querido poder hacerlo, para dar testimonio de su amor al padre de la Patria, que con tan per-

severante desvelo se entregó a su servicio».

«Brille la luz del agradecimiento por el inmenso legado de realidades positivas que nos deja este hombre excepcional. Gratitud que está expresando el pueblo y que le debemos todos, la sociedad civil y la Iglesia, la juventud y los adultos, la justicia social y la cultura extendida a todos los sectores. Recordar y agradecer no será nunca inmovilismo rechazable, sino fidelidad estimulante, sencillamente porque las patrias no se hacen en un día y todo cuanto mañana pueda ser perfeccionado encontrará las raíces de su desarrollo en lo que se ha estado haciendo ayer y hoy en medio de tantas dificultades».

«Para vos, Majestad, que al día siguiente de ser proclamado Rey os toca presidir las exequias del hombre singular que os llamó a su lado cuando erais niño, pido al Señor que os dé sabiduría para ser Rey de todos los españoles como tan noblemente habéis afirmado...».

SIGUE

Su Majestad el Rey y miembros del Gobierno durante la ceremonia religiosa que precedió al enterramiento







Dos impresionantes documentos gráficos elocuentemente expresivos de la ceremonia del Valle de los Caídos







Recogemos aquí dos momentos del cortejo fúnebre en el interior de la basilica del Valle de los Caídos camino de su reposo definitivo, que vemos en la foto inferior derecha







Llevado por sus fieles hombres de su guardia personal, los restos mortales del Caudillo llegan al altar mayor de la basílica. A la derecha, frente a la tumba, donde recibirían cristiana sepultura

Para no alargar la ceremonia, no se dio la Sagrada Comunión a las personalidades ni al público.

A las 10,45 horas finalizaba la Misa de «cópore insepulto», al tiempo que por los altavoces se anunciaba que, en contra de lo previsto en el protocolo, el cuerpo del Caudillo no sería trasladado en armón hasta el Arco de la Victoria, sino en el mismo vehículo motorizado que le llevaría hasta el Valle de los Caídos.

Eran las 10,49 horas cuando un toque de atención anunciaba que el féretro iba a ser llevado a hombros de miembros de la escolta personal de Su Excelencia hasta dicho vehículo, mientras las notas del Himno Nacional electrizaran el ya tenso ambiente de la plaza de Oriente y la multitud volvía a gritar: «¡Franco, Franco, Franco!», al tiempo que agitaba los pañuelos en el más impresionante y emocionado adiós que se recuerda.

Difícilmente se recuerda una imagen tan patética de Madrid vacío y en silencio, ofreciendo un contraste con el clamor y agitar de pañuelos blancos que se estaba produciendo en la plaza de Oriente.

A las 10,51 horas se interpreta, en medio de un gran silencio, el toque de oración. Terminado éste, nuevos gritos y agitar de pañuelos.

A las 11,02 horas se inició el desfile de las fuerzas de los tres Ejércitos, al compás de las vibrantes notas de «Los voluntarios».

A las 11,15 horas de la mañana, el Rey descendía las escalinatas y, visiblemente emocionado, subía a un coche descubierto que marchaba inmediatamente detrás del féretro del Caudillo, envuelto en la bandera nacional, y sobre ella, la gorra, el bastón de mando y la espada. Un escuadrón de lanceros a caballo rodearon ambos vehículos. Era emocionante ver al Rey Juan Carlos de pie en el coche marchando tras el hombre que, como dijo el cardenal primado, «le había llamado a su lado cuando aún era niño».

Bailén, Ferraz, Rosales, Moret y avenida de la Victoria sería el trayecto recorrido por el cortejo fúnebre entre cientos de miles de españoles que gritaban y sollozaban el nombre de «¡Franco, Franco, Franco!» y cuatro mil quinientos hombres pertenecientes a las Fuerzas Armadas de la Primera Región cubrían la carrera presentando armas al que fuera capitán general de los Ejércitos.

Abrían la comitiva seis vehículos portando más de un millar de coronas y la cerraban un centenar de coches, en los que iban la familia, el Gobierno y representantes extranjeros.

Al llegar a la plaza de la Moncloa, frente al Arco de la Victoria y sin detenerse el fúnebre cortejo, cam-

SIGUE







Impresionante vista panorámica del altar mayor de la basílica del Valle de los Caídos durante el entierro del Generalísimo Franco, cuyo féretro vemos a la izquierda pasando ante S. M. el Rey, que aparece sobre un sitial de terciopelo rojo. En la foto inferior, solemne momento en el que el ministro de Justicia, como notario mayor del Reino, requiere el juramento a los jefes de las Casas Civil y Militar de Su Excelencia. Al fondo, a la derecha, junto al féretro, la familia







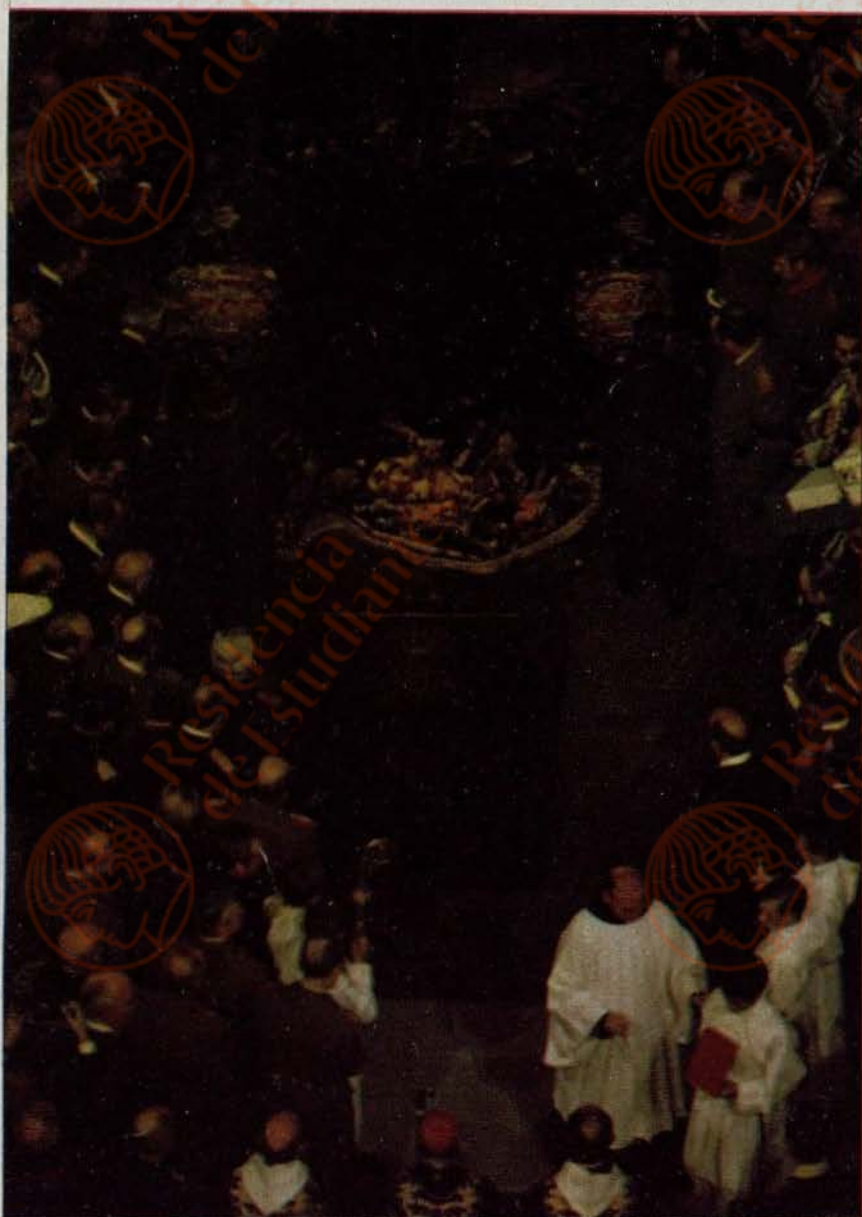
Todo está ya dispuesto. El féretro va a ser introducido en la tumba, al borde de la que aparecen todos los miembros de la familia, a la que también vemos en la foto de abajo, en el momento de dar sepultura al cadáver, entre una emoción indescriptible que embargaba no sólo a la familia, como puede apreciarse en la foto, sino a todos los presentes







Momento cumbre en el que el féretro, con los restos del Caudillo, es introducido en la tumba en la basílica del Valle de los Caídos, en el lugar exacto que Franco eligió hace muchos años. En la foto inferior izquierda, otro momento de la ceremonia de dar sepultura a Franco



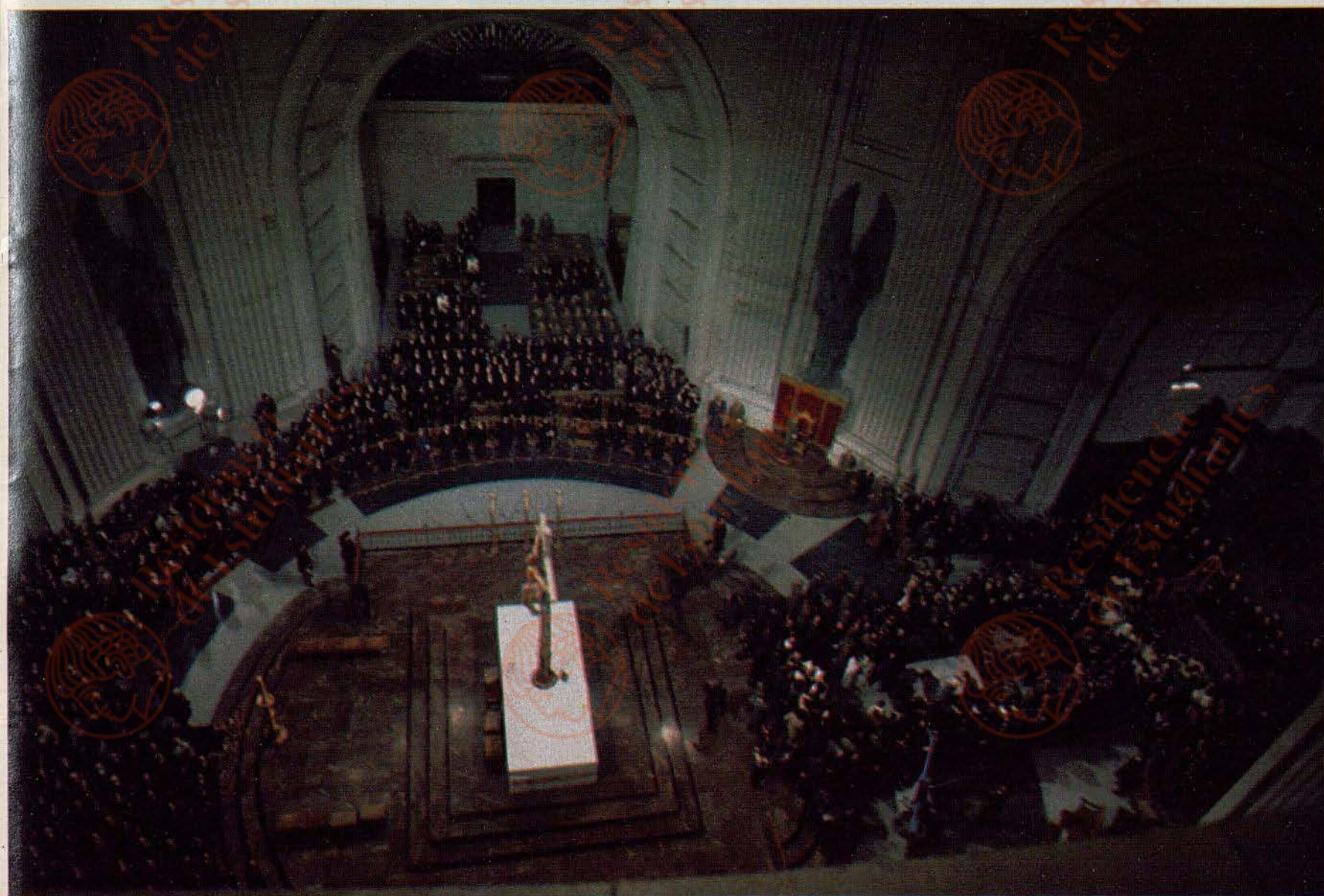
La losa de granito de mil quinientos kilos de peso cierra definitivamente la sepultura. En la foto de abajo, el marqués de Villaverde no puede contener por más tiempo la emoción de tantos y tantos días y rompe a llorar







S. M. el Rey don Juan Carlos rinde su último homenaje al Generalísimo ante la tumba, en la que acaba de ser enterrado. En la foto inferior, impresionante aspecto del altar mayor de la basílica durante la ceremonia de dar sepultura a Franco







Impresionante aspecto de la basílica del Valle de los Caídos, donde decenas de miles de españoles tributaron a Franco su último homenaje

bió la escolta de los lanceros por una sección de motoristas, mientras el Rey descendía del coche descubierto para subir al Rolls cerrado en el que continuó la marcha. Eran las 11,50 horas de la mañana cuando el cortejo atravesaba la Ciudad Universitaria y salía a carretera abierta, la de La Coruña, cubierta por fuerzas de la Guardia Civil, en dirección al Valle de los Caídos, el impresionante monumento a los muertos de la guerra de España y que Franco había elegido para su reposo definitivo.

#### VALLE DE LOS CAIDOS

A 58 kilómetros de Madrid, cerca de El Escorial, en un rocoso valle de la sierra de Guadarrama, tiene su enclave el monumento de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, obra erigida en memoria de todos los que murieron en la guerra civil española sin distinción de bando.

Una enorme escalinata de acceso conduce a la explanada donde se levanta la cruz y la basílica, centro neurálgico del conjunto.

La cruz, de colosales dimensiones (150 metros de altura y 46 de anchura en sus brazos), lleva adosadas en su base las figuras de los cuatro evangelistas. También se hallan representadas las cuatro virtudes cardinales.

En el interior del risco se ha excavado una gran cripta, cuya nave, dividida en cuatro tramos, está decorada por esculturas y tapices. A derecha e izquierda se abren seis pequeñas capillas. Al fondo está el cruceiro, al que se asciende por una escalera y en cuya cabecera se sitúa el coro, recinto donde está sepultado José Antonio Primo de Rivera, y donde asimismo se halla dispuesta la tumba que acogerá al general Franco.

Bajo la cúpula central recubierta de mosaicos que

representa el Pantocrátor, se encuentra el altar mayor, cuyo único adorno es una talla del Cristo en la cruz. Tronco y brazos de la cruz pertenecían a un enebro que seleccionó y cortó en el bosque de Riofrio el propio Generalísimo Franco.

Como parte integrante de esta Fundación se encuentra en la parte posterior el Centro de Estudios Sociales, que tiene como misión, según deseo expreso de su fundador, el general Franco, laborar en el conocimiento e implantación de la paz entre los hombres, sobre la base de la justicia social cristiana.

El monumento del Valle de los Caídos fue inaugurado el 1 de abril de 1959. Durante nueve años trabajaron en las obras dos mil obreros, y se extrajeron un total de 390 millones de metros cúbicos de roca del interior de la montaña.

En el interior de la basílica caben 25.000 personas, y 200.000 en las explanadas que se hallan ante la entrada al templo. Hasta él se ha trazado un Vía Crucis penitencial de nueve kilómetros de longitud.

En la parte anterior del templo existe una imagen de «La Piedad», tallada en piedra negra por Juan de Avalos.

El 30 de marzo de 1959 se trasladaron a la basílica los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera, depositados hasta entonces en el monasterio de El Escorial.

En la misma basílica se guardan los restos mortales de millares de caídos durante la guerra de España, en número que se calcula en 150.000 de ambos bandos.

#### LA TUMBA DE FRANCO

El lugar de enterramiento de Franco se encuentra inmediatamente detrás del altar mayor, en un lugar que fue escogido personalmente por él. En efecto,

en 1959, el día de la inauguración de este fabuloso monumento a los muertos, Franco puso su pie sobre lo que sería su tumba, y dirigiéndose al arquitecto don Diego Méndez González, quien a la muerte del también arquitecto don Pedro Muguruza había sido nombrado director del Consejo de Obras del Monumento Nacional, dijo textualmente:

—Méndez, yo aquí.

Y con el dedo señaló el suelo en el que había puesto su pie.

Era la una de la tarde cuando el cortejo fúnebre llegaba a la cancela de entrada al Valle de los Caídos. El trayecto entre este lugar y la gran explanada lo cubría en dieciocho minutos.

Difícil explicar el impresionante aspecto que ofrecía esta explanada donde desde la noche antes y toda la madrugada y mañana habían estado llegando público procedente de todas las provincias españolas. Allí estaban las nueve Hermandades de Ex Combatientes, los alféreces provisionales, miembros de la Vieja Guardia, falangistas de antes, de ahora y de siempre, miembros del Frente de Juventudes, Guardia de Franco, Organización Juvenil Española, Guerrilleros de Cristo Rey y Sección Femenina, muchos de ellos con uniformes falangistas y las decoraciones ganadas en la guerra civil española. Miles de banderas, banderines, guiones y gallardetes nacionales y falangistas formaban un impresionante y erizado bosque hasta la puerta de la basílica. Un mar rojo de boinas cubría toda la explanada. En miles de rostros, la emoción y el llanto. Era un acto pleno de afirmación política y patriótica.

El día en el Valle era despejado y de visibilidad normal. La temperatura de ocho grados, aunque durante la noche había rayado en los cero grados.

A las 1,18 horas, el armón motorizado se detenía ante la escalinata de la basílica, y miembros de la escolta de Su Excelencia el Generalísimo cogieron el féretro con el cuerpo de su jefe y lo subieron hasta la explanada. Allí se procedió al relevo, tomándolo sobre los hombros el marqués de Villaverde, su hijo Cristóbal, el duque de Cádiz, Rafael Ardiz y ayudantes del Generalísimo.

El abad de la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, padre Luis María Lojendio, revestido de capa pluvial negra y acompañado por el maestro de ceremonias de la basílica y cuatro acólitos y precedido por otro que portaba la cruz alzada, más otros dos con cirios encendidos hizo la recepción del cadáver ante el ministro de Justicia como notario mayor del Reino.

En ese preciso momento, una y veintidós minutos de la tarde, un penetrante toque de atención anunciaba que el cuerpo sin vida de Franco iniciaba su última singladura hacia su tumba, al tiempo que resonaban los acordes del Himno Nacional, mientras el fúnebre cortejo avanzaba solemne y lentamente hacia la basílica.

«¡Franco, Franco, Franco!» era el grito que atronaba el espacio acallando incluso el bronco y potente zumbido de los helicópteros y aviones que sobrevolaban la explanada. «¡Franco, Franco, Franco!» gritaban doscientas mil gargantas quebradas por el llanto. «¡Franco, Franco, Franco!», y los guiones, banderas, banderines y gallardetes victoriosos de mil batallas se inclinaban hasta rozar el suelo al paso del féretro del Caudillo, tras el que caminaba, flanqueado por sus ayudantes, Su Majestad el Rey de España, seguido de los familiares del Generalísimo, entre ellos la duquesa de Cádiz, Mariola, María del Mar, María Aránzazu y Jaime.

A las 1,30 horas de la tarde, el cortejo fúnebre llegaba a la puerta de la basílica y decenas de miles de gargantas entonaban emocionadas el «Cara al Sol», al que seguirían el «Oriamendi» y el himno de la Legión.

Mientras tanto, en el umbral del templo se hacía entrega del cuerpo sin vida del Generalísimo al abad de la basílica.

A las 1,45 horas, el féretro hacía su entrada en la basílica llevado ahora a hombros de soldados del Regimiento de la Guardia de Su Excelencia, hasta el altar mayor, a cuyos pies del famoso crucifijo sobre madera de enebro cortada por el mismo Caudillo fue depositado. En las grandes naves del templo resonaban las voces de la escolanía de la basílica que entonaba la antifona «In paradisum».

Era la 1,50 horas de la tarde cuando el órgano de la basílica interpretó el Himno Nacional.

Aquí, en este lugar, se inicia la admonición seguida del responso solemne «Liberá me, domine» en gregoriano y latín.

Finalizada esta ceremonia se entona de nuevo el himno «In paradisum» («Que te conduzcan al Paraíso los ángeles»).

A las 2,01 horas de la tarde, el féretro es levantado del túmulo y conducido en procesión, la «procesión del entierro», al lugar donde recibirá cristiana sepultura, entre dos filas de benedictinos.

A las 2,02 horas, el féretro llega a la tumba donde ha de ser enterrado, situada detrás del altar mayor y cuyas dimensiones son las siguientes: dos metros y catorce centímetros de longitud, un metro y veinte de profundidad y un metro y cuatro centímetros de ancho, toda ella de piedra granítica revestida de plomo.

Los cuatro escudos grabados en su interior son de latón y corresponden al de España, Guion del Caudillo, el Yugo y las Flechas con tres luceros y de capitán general.

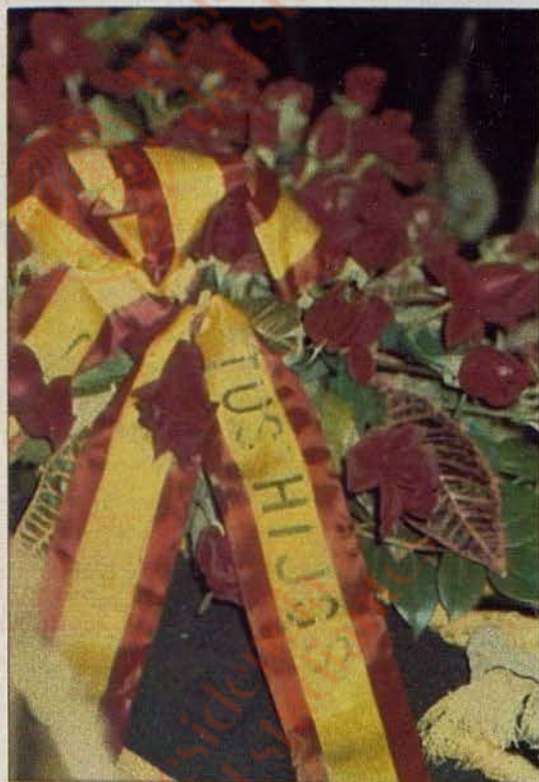
Los representantes de Gobiernos extranjeros que se trasladaron al Valle de los Caídos desde la plaza de Oriente para asistir al entierro del Jefe del Estado







Vehículos portando centenares de coronas de flores abrían el cortejo fúnebre



«Tus hijos» rezaba el ramo de flores colocado al pie del féretro en la capilla ardiente

#### EMOTIVO JURAMENTO

A las 2,07 horas de la tarde, el ministro de Justicia señor Sánchez Ventura, notario mayor del Reino, se acerca a los jefes de las Casas Civil y Militar y al segundo jefe de ésta, señores Fuertes de Villavicencio, Sánchez Galiano y Gavilán y les requiere con las siguientes solemnes palabras:

«¿Juráis que el cuerpo que contiene esta caja es el de Francisco Franco Bahamonde, el mismo que os fue entregado a las 6,30 horas de hoy en el palacio de Oriente?».

Cada uno de los citados contesta sucesivamente: —Sí, lo es. Lo juro.

La emoción es tan intensa que el llanto baña sus rostros curtidos. De los tres, el teniente general Sánchez Galiano, jefe de la Casa Militar, se ve obligado a cubrirse los ojos con la mano preso de una gran congoja, mientras el general Gavilanes le rodea con sus brazos.

A las 2,10 horas en punto de la tarde fue retirada la bandera de España que cubría el ataúd. Iba a procederse al enterramiento.

A las 2,11 horas, salvas de ordenanza en el exterior comunicaban que en ese preciso momento el cuerpo sin vida de Francisco Franco recibía sepultura.

#### LA EMOCION DE MARIOLA

Mariola Martínez-Bordiu Franco, nieta del Generalísimo Franco, no pudo contener la emoción, sufriendo un desmayo. Con ayuda de su marido y varias personas fue retirada del lugar hasta que se hubo recuperado.

A las 2,15 horas de la tarde, la losa de granito de 1.500 kilos de peso y en la que sólo figura una cruz grabada y el nombre de Francisco Franco, cubría la tumba. El Rey permanecía en posición de firme con los ojos arrasados en lágrimas, al igual que casi todos los asistentes.

La ceremonia finalizaba con el rezo de un Padre-nuestro y las palabras de invocación de «Dale, Señor, el descanso eterno», mientras la escolanía interpretaba la antífona «Yo soy la resurrección y la vida».

A las 2,20 horas de la tarde, el Rey rendía su último homenaje a Franco, el hombre que le llamó a su lado cuando él aún era niño...

Textos: JAIME PEÑAFIEL

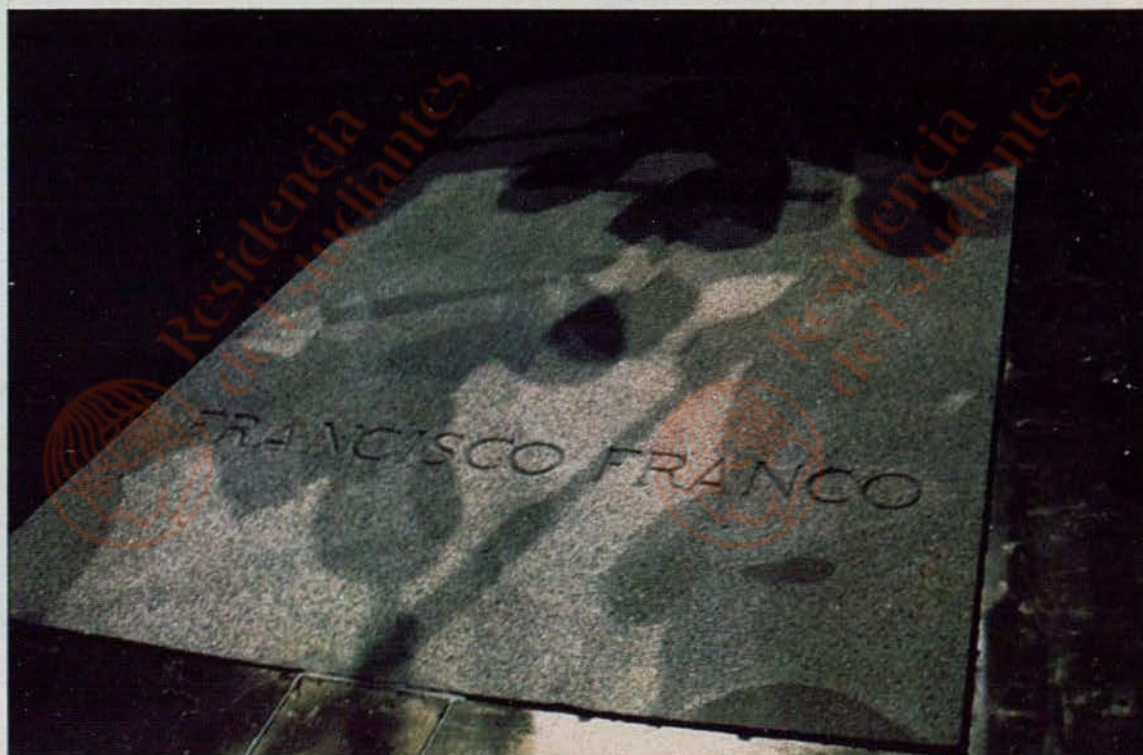
Fotos: PEÑAFIEL, JUAN CHAVEZ y agencias



El marqués de Villaverde y sus hijos abandonan la basilica después de haber asistido al entierro del Generalísimo



El presidente Arias, al que vemos en la foto a la salida del solemne acto de las Cortes correspondiendo a los vítores de la multitud, fue objeto también a lo largo del recorrido de la comitiva fúnebre de expresivas muestras de simpatía por su sacrificio en estas horas tristes de la Historia de España. Abajo, una sencilla losa de granito de mil quinientos kilos y el nombre de Francisco Franco sobre su tumba







Su Majestad el Rey, durante la lectura de su mensaje

# PRIMER MENSAJE DEL REY A LA NACION

«ASUMO LA CORONA CON PLENO SENTIDO DE MI RESPONSABILIDAD ANTE EL PUEBLO ESPAÑOL»

«SI TODOS PERMANECEMOS UNIDOS, HABREMOS GANADO EL FUTURO»

«EN esta hora cargada de emoción y esperanza, llena de dolor por los acontecimientos que acabamos de vivir, asumo la Corona del Reino con pleno sentido de mi responsabilidad ante el pueblo español y de la honrosa obligación que para mí implica el cumplimiento de las Leyes y el respeto de una tradición centenaria que ahora coinciden en el Trono.

«Como Rey de España, título que me confieren la tradición histórica, las Leyes Fundamentales del Reino y el mandato legítimo de los españoles, me honro en dirigiros el primer mensaje de la Corona, que brota de lo más profundo de mi corazón.

Una figura excepcional entra en la Historia. El nombre de Francisco Franco será ya un jalón del acontecer español y un hito al que será imposible dejar de referirse para entender la clave de nuestra vida política contemporánea. Con respeto y gratitud quiero recordar la figura de quien durante tantos años asumió la pesada responsabilidad de conducir la gobernación del Estado. Su recuerdo constituirá para mí una exigencia de comportamiento y de lealtad para con las funciones que asumo al servicio de la Patria. Es de pueblos grandes y nobles el saber recordar a quienes dedicaron su vida al servicio de un ideal. España nunca podrá olvidar a quien, como soldado y estadista, ha consagrado toda la existencia a su servicio.

«Yo sé bien que los españoles comprenden mis sentimientos, en estos momentos. Pero el cumplimiento del deber está por encima de cualquier otra circunstancia. Esta norma me la enseñó mi padre desde niño, y ha sido una constante de mi familia, que ha querido servir a España con todas sus fuerzas.

«Hoy comienza una nueva etapa de la Historia de España. Esta etapa, que hemos de recorrer juntos, se inicia en la paz, el trabajo y la prosperidad, fruto del esfuer-

zo común y de la decidida voluntad colectiva. La Monarquía será fiel guardián de esa herencia, y procurará en todo momento mantener la más estrecha relación con el pueblo.

«La Institución que personifico integra a todos los españoles, y hoy, en esta hora tan transcendental, os convoco porque a todos nos incumbe por igual el deber de servir a España. Que todos entiendan con generosidad y altura de miras que nuestro futuro se basará en un efectivo consenso de concordia nacional.

«El Rey es el primer español obligado a cumplir con su deber y con estos propósitos. En este momento decisivo de mi vida afirmo solemnemente que todo mi tiempo y todas las acciones de mi voluntad estarán dirigidos a cumplir con mi deber.

«Pido a Dios su ayuda para acertar siempre en las difíciles decisiones que, sin duda, el destino alzaré ante nosotros. Con su gracia y con el ejemplo de tantos predecesores que unificaron, pacificaron y engrandecieron a todos los pueblos de España, deseo ser capaz de actuar como moderador, como guardián del sistema constitucional y como promotor de la justicia. Que nadie tema que su causa sea olvidada; que nadie espere una ventaja o un privilegio. Juntos podremos hacerlo todo si a todos damos su justa oportunidad. Guardaré y haré guardar las Leyes, teniendo por norte la justicia y sabiendo que el servicio del pueblo es el fin que justifica toda mi función.

«Soy plenamente consciente de que un gran pueblo como el nuestro, en pleno período de desarrollo cultural, de cambio generacional y de crecimiento material, pide perfeccionamientos profundos. Escuchar, canalizar y estimular estas demandas es para mí un deber que acepto con decisión.

«La Patria es una empresa colectiva que a todos compete; su fortaleza y su grandeza deben de apoyarse, por ello, en la voluntad manifiesta de cuantos la integramos. Pero las naciones más grandes y prósperas, donde el orden, la libertad y la justicia han resplandecido mejor, son aquellas que más profundamente han sabido respetar su propia Historia.

«La justicia es el supuesto para la libertad con dignidad, con prosperidad y con grandeza. Insistamos en la construcción de un orden justo, un orden donde tanto la actividad pública como la privada se hallen bajo la salvaguardia jurisdiccional.

«Un orden justo, igual para todos, permite reconocer dentro de la unidad del Reino y del Estado las peculiaridades regionales como expresión de la diversidad de pueblos que constituyen la sagrada realidad de España. El Rey quiere serlo de todos a un tiem-

po y de cada uno en su cultura, en su historia y en su tradición.

«Al servicio de esa gran comunidad que es España debemos de estar: la Corona, los Ejércitos de la nación, los organismos del Estado, el mundo del trabajo, los empresarios, los profesionales, las instituciones privadas y todos los ciudadanos, constituyendo su conjunto un firme entramado de deberes y derechos. Sólo así podremos sentirnos fuertes y libres al mismo tiempo.



«Esta hora dinámica y cambiante exige una capacidad creadora para integrar en objetivos comunes las distintas y deseables opiniones que dan riqueza y variedad a este pueblo español, que, lleno de cualidades, se entrega generoso cuando se le convoca a una tarea realista y ambiciosa.

«La Corona entiende como un deber el reconocimiento y la tutela de los valores del espíritu.

«Como primer soldado de la nación, me dedicaré con ahínco a que las Fuerzas Armadas de España, ejemplo de patriotismo y disciplina, tengan la eficacia y la potencia que requiere nuestro pueblo.

«El mundo del pensamiento, de las ciencias y de las letras, de las artes y de la técnica, tienen hoy, como siempre, una gran responsabilidad de compromiso con la sociedad. Esta sociedad en desarrollo que busca nuevas soluciones, está más necesitada que nunca de orientación. En tarea tan alta, mi apoyo y estímulo no han de faltar.

«La Corona entiende también como deber fundamental el reconocimiento de los derechos sociales y económicos, cuyo fin es asegurar a todos los españoles las condiciones de carácter material que les permitan el efectivo ejercicio de todas sus libertades.

«Por lo tanto, hoy queremos proclamar que no queremos ni un español sin trabajo ni un trabajo que no permita a quien lo ejerce mantener con dignidad su vida personal y familiar, con acceso a los bienes de la cultura y de la economía para él y para sus hijos.

«Una sociedad libre y moderna requiere la participación de todos en los foros de decisión, en los medios de información, en los

diversos niveles educativos y en el control de la riqueza nacional. Hacer cada día más cierta y eficaz esa participación debe ser una empresa comunitaria y una tarea de gobierno.

«El Rey, que es y se siente profundamente católico, expresa su más respetuosa consideración para la Iglesia. La doctrina católica, singularmente enraizada en nuestro pueblo, conforta a los católicos con la luz de su magisterio. El respeto a la dignidad de la persona que supone el principio de libertad religiosa es un elemento esencial para la armoniosa convivencia de nuestra sociedad.

«Confío plenamente en las virtudes de la familia española, la primera educadora, y que siempre ha sido la célula firme y renovadora de la sociedad. Estoy también seguro de que nuestro futuro es prometedor, porque tengo pruebas de las cualidades de las nuevas generaciones.

«Me es muy grato en estos momentos expresar mi reconocimiento a cuantos enviados de otras naciones han asistido a esta ceremonia. La Monarquía española, depositaria de una tradición universalista centenaria, envía a todos los pueblos su deseo de paz y entendimiento, con respeto siempre para las peculiaridades nacionales y los intereses políticos con los que todo pueblo tiene derecho a organizarse de acuerdo con su propia idiosincrasia.

«España es el núcleo originario de una gran familia de pueblos hermanos. Cuanto suponga potenciar la comunidad de intereses, el intercambio de ideales y la cooperación mutua es un interés común que debe ser estimulado.

«La idea de Europa sería incompleta sin una referencia a la presencia del hombre español y sin una consideración del hacer de muchos de mis predecesores. Europa deberá contar con España y los españoles somos europeos. Que ambas partes así lo entiendan y que todos extraigamos las consecuencias que se derivan, es una necesidad del momento.

«No sería fiel a la tradición de mi sangre si ahora no recordase que durante generaciones los españoles hemos luchado por restaurar la integridad territorial de nuestro solar patrio. El Rey asume este objetivo con la más plena de las convicciones.

«Señores consejeros del Reino, señores procuradores, al dirigirme como Rey, desde estas Cortes, al pueblo español, pido a Dios ayuda para todos. Os prometo firmeza y prudencia. Confío en que todos sabremos cumplir la misión en la que estamos comprometidos.

«Si todos permanecemos unidos, habremos ganado el futuro. ¡VIVA ESPAÑA!»



El féretro, conteniendo los restos mortales de Franco, llega a la basílica del Valle de los Caídos a hombros de miembros de su escolta personal

